







Voces de mujeres

Women's voices

#Periodistas valientes

Recopilación y edición
Jineth Bedoya Lima







Voices *de* mujeres

Women's *voices*

Ilustraciones
Daniela Sanín Ángel

Recopilación y edición: Jineth Bedoya Lima

#Periodistas valientes

MARY TRINY ZEA

PATRICIA FERNANDEZ

PHUMZILE MLAMBO-NGCUKA

LULA GÓMEZ

EBBABA HAMEIDA

CARMEN SARMIENTO

MONTSERRAT BOIX PIQUÉ

ROSA MARÍA CALAF

LEILA NACHAWATI REGO

NURIA TESÓN

JUDITH PRAT

MARIANA KATZAROVA

CRISTINA SÁNCHEZ

BRENDA NAVARRO

MAYTE CARRASCO

OLGA RODRÍGUEZ

BEATRIZ LECUMBERRI

WENDY FUNES

MONA LISA DOURADO

NURIA VARELA

PILAR REQUENA

RICARDO SILVA ROMERO



Este libro homenaje a las mujeres que hacen periodismo fue posible gracias al apoyo de ONU Mujeres Colombia y la Embajada de Suecia.



Voces de mujeres

© 2020, Jineth Bedoya Lima
Todos los derechos reservados

Traducción del inglés:
Joseph Lozano Armesto
Wilson Vega Rivera

Recopilación y edición: Jineth Bedoya Lima
Edición, diseño y diagramación: Equipo editorial Piélago Perpetuo
Ilustraciones portadillas e historias: Daniela Sanín Ángel
Ilustración de portada y contraportada: Daniela Sanín Ángel

Este contenido no podrá reproducirse ni total ni parcialmente, por ningún medio sin el permiso previo escrito de la propietaria de los derechos

Piélago Perpetuo
Calle 86A No. 69T-81 (1-703)
Bogotá, Colombia

Impreso por Panamericana Formas e Impresos
Calle 65 No. 95-28
Bogotá, Colombia

Contenido

Trabajo que dignifica

Words That Dignify

JINETH BEDOYA LIMA 11

El oficio de remover la indiferencia

The Profession of Removing Indifference

PATRICIA FERNANDEZ 13

¡Vivan las defensoras de derechos!

Long Life Women Rights Defenders!

PHUMZILE MLAMBO-NGCUKA 15

Entonces hablamos

Therefore We Speak

RICARDO SILVA ROMERO 17

#Periodistas valientes

#Courageous Journalists

#NoEsHoraDeCallar

#ItsNotTimeToShutUp

LULA GÓMEZ 22

La radio: rostro oculto de mujer

The Radio: the Hidden Face of a Woman

EBBABA HAMEIDA 24

El sur de todos los nortes

The South of All Norths

CARMEN SARMIENTO 28

Olvidé decir que me violaron

I Forgot to Say that They Raped Me

ROSA MARÍA CALAF 30

Las mujeres que me habitan

Women Who Inhabit Me

NURIA TESÓN 34

Tecleo “no es hora de callar”

As I Type “it’s not time to shut up”

BEATRIZ LECUMBERRI 36

Ashwaq

Ashwaq

PILAR REQUENA 40

Brillantes retazos de existencias

Shiny Scraps of Existences

CRISTINA SÁNCHEZ 42

Carta a Razan, May, Fadwa

Letter to Razan, May, Fadwa

LEILA NACHAWATI REGO 46

¿Quién duerme el sueño de las justas?

Who Dreams the Dreams of the Just?

BRENDA NAVARRO 48

Por no callar

For Not Being Silent

MAYTE CARRASCO 52

Contar para no enmudecer

Tell so as Not to Be Muted

OLGA RODRÍGUEZ 54

De aquellas lluvias, estos lodos

From Those Rains These Muds

MONTSERRAT BOIX PIQUÉ 58

Vecinas de la Luna

The Moon's Neighbours

JUDITH PRAT 60

Respirar juntas

Breathe Together

NURIA VARELA 64

Cada día vencemos la muerte

Every Day We Overcome Death

WENDY FUNES 66

Una pasión que requiere sacrificios

A passion that Requires Sacrifice

MARY TRINY ZEA 70

La realidad detrás de la postal

A realidade por trás do postal

MONA LISA DOURADO 72

Defender la libertad es defender la vida

To Defend Freedom is to Defend Life

MARIANA KATZAROVA 77

Mapa de mujeres víctimas

Women Victims Map 80

Periodistas víctimas de violencia sexual*

Female Journalists who Were

*Victims of Sexual Violence** 82

Periodistas asesinadas**

*Female Journalists who Were Murdered*** 86





Letras que dignifican

Contar historias. Darles un rostro y un por qué. Narrarle al mundo la resiliencia de los seres humanos o la visceralidad de la guerra. ¿Qué puede haber más grande y gratificante para un periodista que todo eso?

Llevaba muchos años soñando con este sencillo homenaje a tantas mujeres que se dedican a comunicar, arriesgando su vida o dejándola de lado, para entregarse por completo a reportajes, crónicas y documentales que nos conectan con situaciones dolorosas y sombrías.

Ellas terminan siendo el cordón umbilical entre la realidad y la gente. Leerlas, escucharlas, verlas... es un regalo y un legado que genera un compromiso ineludible. A muchas les ha costado la vida y hacen parte de la interminable lista de víctimas de la violencia de género que incluye el secuestro, la persecución y el abuso sexual.

Sus victimarios no solo las silenciaron, les negaron la posibilidad a miles de personas de conocer las entrañas de la corrupción política, la devastación del narcotráfico y la desgracia de la pobreza y la inequidad, en la que nos sumergen gobiernos y gobernantes mediocres.



Cada una de ellas, en su lengua, credo y raza, me representa y me dignifica, porque terminan siendo un pedacito de mi propia historia. Nos separan continentes, pero nos une el amor por nuestro oficio. Invitarlas a escribir unas líneas sobre lo que las hace sentir el periodismo es solo el abrebocas a unas vidas profesionales extraordinarias que se deben conocer y exaltar porque ellas son el alma de comunidades propias y ajenas.

Todas han aceptado sumar su voz a este No Es Hora De Callar desde Irak, Egipto, Rusia, España o Brasil. En estos textos nos regalan el sentimiento de lo que documentan, los esfuerzos y sacrificios personales que hacen y los rostros de otras tantas mujeres que han conocido en sus extensos recorridos.

Por eso, cuando recibí en el 2020 el Premio Mundial de Libertad de Prensa de la Unesco, Guillermo Cano, entendí que era el momento de materializar este sencillo homenaje a mis colegas, y conté con el apoyo de ONU Mujeres Colombia. Estas periodistas representan

la labor de miles en el mundo y animan a las más jóvenes a que se enamoren del periodismo con la misma intensidad que las ha abrazado. Que nos ha abrazado.

Su trabajo es dignificante.

Estos relatos están acompañados de la magia que cargan las ilustraciones de Daniela Sanín Ángel y las palabras sentidas del escritor colombiano Ricardo Silva Romero.

Que sus letras nos sigan guiando y su coraje sea la esperanza de millones en el mundo.

Words That Dignify

To tell stories. To give them a face and a why. To narrate to the world about the resilience of human beings or even the viscerality of war. What can be greater and more rewarding for a journalist than all that?

For many years I had been dreaming of this humble homage to so many women dedicated to communicating, risking their lives, or leaving it aside, to completely surrender to reports, diaries and documentaries that connect us with painful and dark situations.

Those women ended up being the umbilical cord between reality and people. To read, listen and see these women... It is a gift and a legacy that creates an unavoidable commitment. Many of these women have paid with their lives and are part of the endless list of victims of gender violence that includes kidnapping, persecution, and sexual abuse.

Their perpetrators not only silenced them but also denied the opportunity to thousands of people to know the bowels of political corruption, the devastation of drug trafficking and the misfortune of poverty and inequality, in which mediocre governments and rulers plunged us.

Each and every one of these women, in their own language, creed and race, represents and dignifies me, because these women end up being a piece of my very own history. Continents separate us, but the love we have for our trade unites us. Inviting these women to write a few lines about what journalism makes them feel is just a hint of extraordinary professional lives that should be known and exalted because these women are the soul of their own and other people's communities.

All these women have agreed to add their voices to this, it's not time to be silent, "No es hora de callar". From Iraq, Egypt, Russia, Spain, or Brazil. In these texts they give us the feeling of what they document, the efforts and personal sacrifices they make and the faces of so many other women they have met in their extensive journeys.

For this reason, when I received the UNESCO World Press Freedom Prize back in 2020, Guillermo Cano. I understood that it was time to make this humble homage a reality to my colleagues. I had the support of UN Women Colombia. These female journalists represent the work of thousands around the world and encourage the youngest girls to fall in love with journalism with the same intensity that has embraced them. That has embraced us.

Your work is dignifying.

These stories are accompanied by the magic carried by the illustrations of Daniela Sanín Ángel and the heartfelt words of the Colombian writer Ricardo Silva Romero.

May his words continue to guide us, and his courage be the hope of millions around the world.

JINETH BEDOYA LIMA

El oficio de remover la indiferencia

Jineth me pide que escriba algo sobre el periodismo y los derechos de las mujeres. Y cuando pienso en ello, pienso en quienes, como Jineth, han escrito y escriben sobre nuestros días.

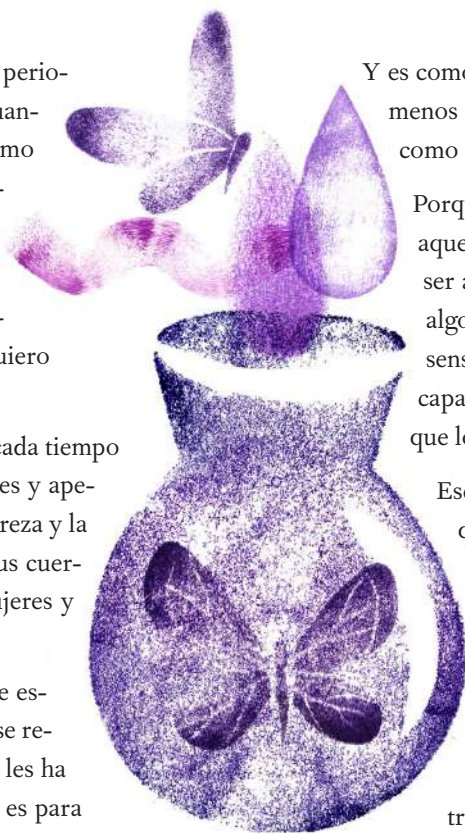
Creo que a veces escriben con indignación, que a menudo escriben con urgencia, con audacia y con perseverancia (y quiero creer que también con esperanza).

Escriben sobre y desde los conflictos de cada tiempo y en ellos, sobre las personas con nombres y apellidos, sobre sus vidas en medio de la pobreza y la violencia, y sobre el impacto brutal en sus cuerpos, en particular en el cuerpo de las mujeres y las niñas.

También escriben sobre la manera en que estas mismas mujeres y niñas cuestionan y se resisten al orden que durante generaciones les ha dicho “tú no puedes”, “tú no”, “esto no es para tí”, “es lo que te toca”, “mejor quédate callada”.

Escriben sobre lo que significa arriesgarse por defender una idea y así mismo se arriesgan y a través de sus palabras inspiran, desafían, movilizan, protegen, reúnen, convocan, informan, explican, emocionan.

Y cuando escriben, existen ellas y existen todas las voces que de otra manera difícilmente llegaríamos a escuchar.



Y es como si el miedo y la impotencia dieran tregua, al menos por un rato, como si ya no estuvieran solas, como si ya no estuviéramos solas.

Porque logran que el desgarramiento de aquella vez, que aquel dolor afilado, íntimo, innombrable, deje de ser algo que se oculta con vergüenza y se vuelva algo colectivo, se vuelva estupor, una especie de sensación de fracaso como sociedad que no fue capaz de proteger, que les falló, que les hizo creer que lo que les pasó fue por culpa suya.

Escriben y logran que se destraben las puertas que separan lo público de lo privado, “lo importante” de “lo doméstico” —que es en realidad lo genuinamente importante porque lo doméstico es el centro desde el que se gesta todo.

Sus palabras, a ratos incómodas, a veces bofetada de realidad, son vitales para seguir construyendo una sociedad que no permita que los derechos de ninguna persona, hombre o mujer, sean violentados.

Con este libro precisamente celebramos y reconocemos el valor de las palabras de quienes, a pesar de las dificultades, se dedican al arduo oficio de remover la indiferencia en un intento por que el mundo sea un lugar cada vez mejor. A esas periodistas, gracias de corazón.

The Profession of Removing Indifference

Jineth asks me to write something about journalism and women's rights. And when I think about it, I think about those who, like Jineth, have written and continue to write about our days.

I think sometimes they write with indignation, which is often written with urgency, with boldness and with perseverance (and I want to believe that also with hope).

They write about and from the conflicts of each time and within them, about people with names and last names, about their lives in the middle of poverty and violence, and about the brutal impact on their bodies, in particular on the bodies of women and girls.

They also write about the way in which these same women and little girls question and resist the order that for generations has told them "you can't do this", "not you", "this is not for you", "this is what we have for you", "you best be silent."

They write about what it means to put yourself at risk to defend an idea whilst at the same time they take the risk and through their words inspire, challenge, mobilize, protect, gather, convene, inform, explain, excite.

And when these women write, they give life to all those voices that we would otherwise barely get to hear.

And it is as if fear and helplessness give way, at least for a while, as if they are no longer alone, as if we women are no longer alone.

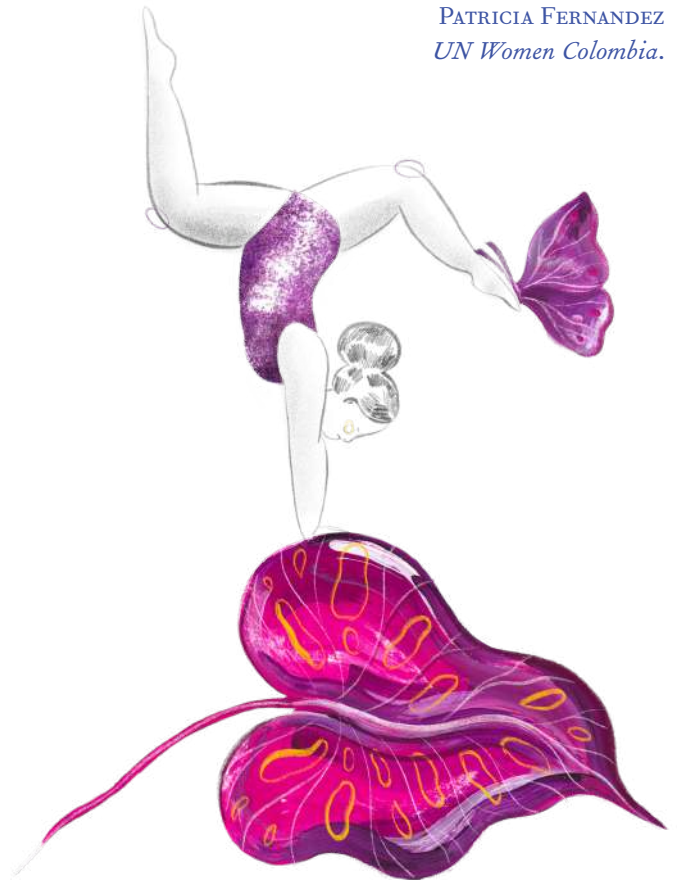
Because they are able to move the anguish of those moments, that sharp, intimate, unmentionable pain, away from being something that is shamefully hidden and turn it into something collective, something astonishing, a kind of feeling of failure as a society incapable of protecting their women, a society that failed them, that made them believe that whatever happened to them was their fault.

They write and are able to unlock the doors that separate the public from the private, "what is important" from "what is domestic" —which is in reality genuinely important because the home is the center from which everything grows.

Her words, at times uncomfortable, sometimes a reality check, are vital to continue building a society that does not allow the rights of any person, man, or woman, to be violated.

With this book we celebrate and recognize the value of the words of those, despite difficulties, dedicate themselves to the arduous job of removing indifference in an attempt to make the world a much better place. Thank you from the bottom of my heart.

PATRICIA FERNANDEZ
UN Women Colombia.



¡Vivan las defensoras de derechos!

La importancia del acceso de las comunidades a información confiable y veraz, particularmente en tiempos de crisis, ha sido aún más evidente durante la actual pandemia de Covid-19.

El cubrimiento responsable en medio de la pandemia, liderado por organizaciones feministas y por mujeres periodistas comprometidas con los derechos de las mujeres, ha permitido develar los impactos diferenciales que ha dejado el Covid-19 en las mujeres de todas las edades. Entre estas se incluye el preocupante aumento de la violencia contra ellas en contextos privados y públicos, siendo de gran preocupación la violencia sexual; la sobrecarga del trabajo de cuidado y su afectación a la salud física y mental; las brechas para la conectividad e información que enfrentan las mujeres que viven en áreas rurales, así como el detrimento de las condiciones seguras para el ejercicio de los liderazgos de las mujeres defensoras de derechos humanos.

La representación igualitaria de las mujeres en los medios es más importante hoy que nunca. Las mujeres periodistas en distintas partes del mundo han resaltado la importancia de un cubrimiento noticioso responsable y crítico, han insistido con perseverancia en la necesidad de transformar los modos en que se comunican las noticias en torno a la violencia contra las mujeres, han develado y cuestionado las lógicas de poder que están presentes en una industria en la que el 76 por ciento de las personas que vemos, escuchamos o leemos en nuestros principales medios son hombres. Además, con su trabajo comprometido en contextos de conflicto, ellas han sido lamentablemente víctimas de la guerra.

Esta pieza comunicativa, producida en formato de audio libro por la Campaña No Es Hora de Callar, liderada por la periodista Jineth Bedoya —ganadora en 2020 del Premio Mundial de Liber-

tad de Prensa UNESCO-Guillermo Cano—, hace homenaje a la labor de las periodistas como defensoras de derechos humanos y trata sobre la incansable labor de veintidós mujeres periodistas de Colombia, América Latina, Europa y Estados Unidos, quienes en el cubrimiento de lo que ocurre en la vida de las mujeres en contextos de conflicto, han defendido los derechos de las mujeres y de sus comunidades.

Quiero recordar la histórica resolución sobre la Protección de las Defensoras de los Derechos Humanos y las Personas Defensoras de los Derechos de la Mujer que fue adoptada el 18 de diciembre de 2013 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, en donde se hace un llamado a reconocer la importante contribución que las mujeres defensoras de los derechos humanos realizan en la construcción de la paz, la justicia y la igualdad; reconoce los riesgos, la discriminación y la violencia sistemáticas que enfrentan las defensoras de los derechos humanos y exhorta a los Estados a adoptar políticas y programas concretos que incorporen una perspectiva de género para crear un entorno seguro y propicio para el desarrollo de su labor.

En el marco de la conmemoración del Día Internacional de las Defensoras y el vigésimo aniversario de la histórica resolución 1325 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sobre Mujeres, Paz y Seguridad, hago un reconocimiento a la labor de las mujeres periodistas que cubren conflictos en todo el mundo, ¡ahora es el momento! Es el momento de que las instituciones, las organizaciones y la sociedad en su conjunto apoyen, respalden, dignifiquen y reconozcan no sólo la importante función de las defensoras de los derechos humanos, sino también la legitimidad de su labor y su importancia para el desarrollo y la equidad en el mundo.

Long Life Women Rights Defenders!

The importance of communities' access to reliable and truthful information, particularly in times of crisis, has been all the more evident during the current Covid-19 pandemic.

Responsible news media coverage during this pandemic, led by feminist organizations and by women journalists committed to women's rights, has revealed the specific impacts that the Covid-19 pandemic has had on women of all ages. These include the rising levels of violence against women reported in both the private and public spheres—with sexual violence being particularly concerning—, the increasing burden of care and its impact on women's physical and mental health, the technology and information gaps faced by rural women, and the deteriorating security for women human rights defenders.

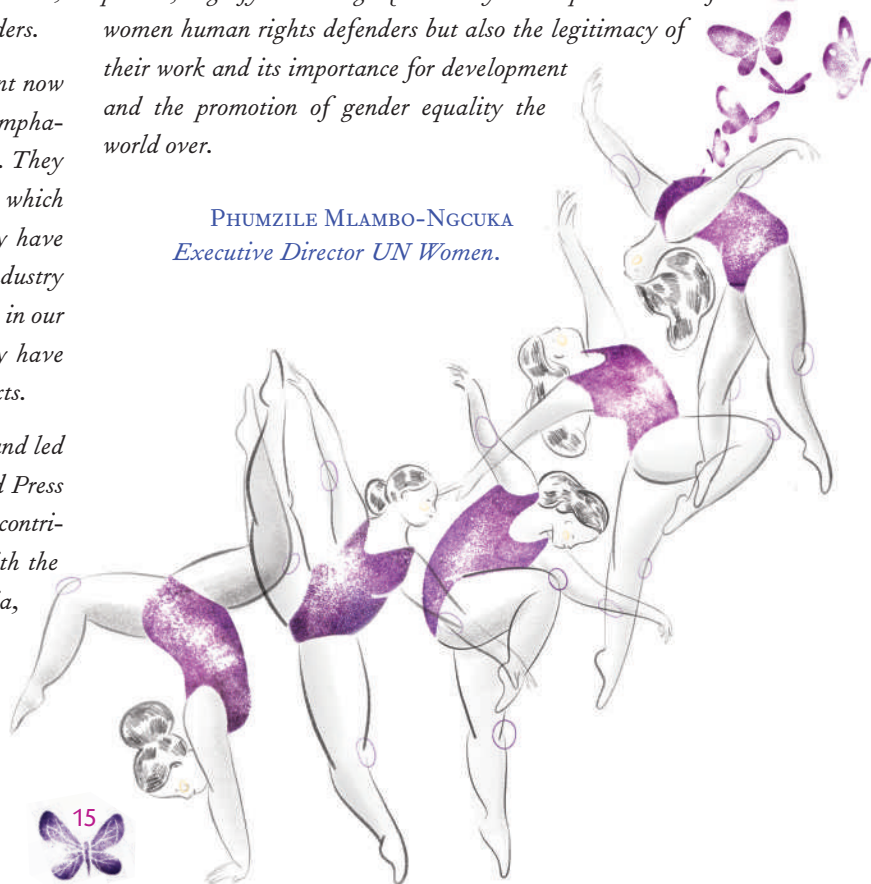
Women's equal representation in the media is more important now than ever. Women journalists throughout the world have emphasized the importance of responsible and critical news coverage. They have persistently insisted on the need to transform the ways in which the news on violence against women is communicated. They have unveiled and questioned the logics of power present in an industry where 76 per cent of the people who we see, hear or read about in our mainstream news media, are men. And, unfortunately, they have been victimized for the exercise of their work in conflict contexts.

This book, produced by the No es hora de Callar Campaign and led by the journalist and 2020 UNESCO-Guillermo Cano World Press Freedom Prize winner, Jineth Bedoya, pays tribute to the contributions of journalists as human rights defenders. It deals with the tireless work of twenty-two women journalists from Colombia, Latin America, Europe and the United States who through their coverage of women's experiences in conflict contexts have defended the rights of women and their communities.

Let us recall the historic resolution on the Protection of Human Rights Defenders and Women's Rights Defenders that was adopted by the United Nations General Assembly on 18th December 2013. It calls for the recognition of the important contributions of women human rights defenders for the construction of peace, justice and equality. It also recognizes the risks, discrimination and systematic violence that women human rights defenders face in the exercise of their work and urges States to tackle this through the adoption of specific policies and programmes that incorporate a gender perspective.

Within the framework of the commemoration of the International Day of Women Human Rights Defenders and the 20th anniversary of the landmark United Nations Security Council Resolution 1325 on Women, Peace and Security, let us salute the work of women journalists who cover conflicts around the world. Now is the time for institutions, organizations and the society as a whole to support, protect, dignify and recognize not only the important role of women human rights defenders but also the legitimacy of their work and its importance for development and the promotion of gender equality the world over.

PHUMZILE MLAMBO-NGCUKA
Executive Director UN Women.

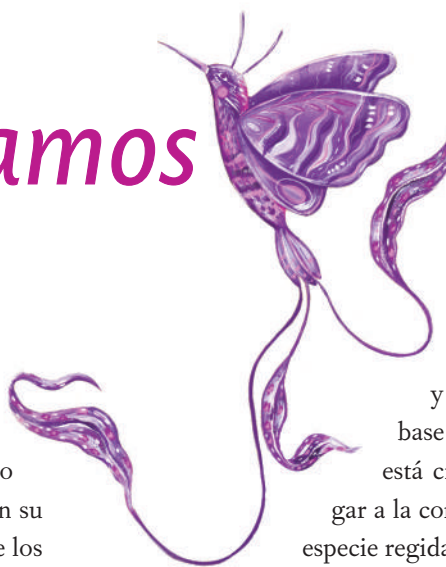


Entonces hablamos

Sé que cada persona es una lengua aparte, una cultura cifrada quién sabe cómo ni por qué, pero me consta, desde muy niño, que todas las mujeres tienen en común ese coraje: mi abuela puso en marcha a una familia de nueve hijos sin padres; mi mamá jamás pensó en salir corriendo —en medio de las amenazas de muerte no vio alternativa a cumplir con su deber— mientras trabajó en los gobiernos más peligrosos de los que yo tenga memoria; la gobernadora del resguardo de Tacueyó Cristina Bautista, una entrañable defensora de su territorio, días antes de ser asesinada alcanzó a resumir esta resistencia digna de estudio con las palabras “si nos quedamos callados nos matan y si hablamos también: entonces hablamos”.

Creo que hasta ahora el mundo ha sido la victoria pírrica del pensamiento épico sobre el pensamiento dramático: del prevalecer sobre el ser, de la fuerza sobre la convivencia, de la violencia sobre el debate, de la venganza sobre la justicia, de lo despótico sobre lo democrático, de lo masculino sobre lo femenino. Creo que desde el principio, tanto en Colombia como en el mundo en el que a duras penas queda, ha habido escritoras estupendas consagradas a la labor de poner en evidencia las manchas negadas hasta el delirio por sus sociedades, pero además me parece evidente que detrás de la gran mayoría de las narraciones del mundo de los dos siglos pasados, hayan sido escritas por hombres o por mujeres, se encuentra la vocación femenina a la redención, a la enmienda. Dicho de otro modo: no es que estemos en mora de vencer a los hombres, por subyugadores e inescrupulosos, sino de conseguir un mundo en el que cada cual pueda vivir su transformación, su arco dramático, su parábola.

Podría uno ponerse en la tarea de reconocer en los clásicos de la literatura, por ejemplo, el pulso de un individuo contra una



colectividad empeñada en cerrarle el paso a la igualdad y en ponerlo en su lugar en la base de la pirámide: “Pero qué se está creyendo...”. Podría uno llegar a la conclusión, así, de que —en una especie regida por la bestial respuesta masculina a la pregunta por nuestra existencia—

todo artista termina valiéndose del coraje femenino: todo artista es mujer. Quiero decir que yo, que he dedicado treinta de mis cuarenta y cinco años a escribir ficciones y a opinar, leo y releo a las escritoras valerosas que tenemos, sigo con disciplina a varias columnistas sin pelos en la lengua y quiero ir a donde haya ido la periodista Jineth Bedoya, pues no sólo noto en ellas el rigor y el arrojo que he visto desde niño, sino esa fe —a pesar de todo— en las promesas de la democracia.

Hubo un tiempo para ir detrás de los próceres: de los héroes y de sus villanos. Hubo épocas para seguir a los curas, a los políticos, a los científicos, a las celebridades, a los gurús de turno en la búsqueda de alguna clase de paz. Desde hace siete décadas, o sea desde hoy, conviene seguir a los líderes negros, a los líderes LGBTI, a las lideresas de la igualdad —conviene ser liderado por las mujeres que editan, que escriben, que investigan, que llaman a la terapia, que denuncian porque callarse ya no es una opción— pues son sus voces las que están reclamando nuestro derecho a ser lo que se es y lo que se quiere ser en un mundo libre de las soterradas reglas de la violencia. No es lo mismo de antes, no, no es una revolución para ensayar otra tiranía, no es la misma era de siempre: ser liderado por el pensamiento femenino no es ir detrás de nadie, sino ir, por fin, detrás de uno mismo.

Thefore We Speake

I know that every single person is a different language, an encrypted culture that no one knows how or why, but I knew for a fact and from a very young age, that all women have that courage in common: my grandmother started a family of nine children without fathers; my mother never thought of running away –between the death threats she saw no alternative to fulfil her duties– while she worked in the most dangerous of governments that I can recall; the governor of the Tacueyó shelter Cristina Bautista, a close defender of her territory. A few days before she was murdered, managed to sum up this resistance worthy of analysis with the words “if we remain silent they will murder us the same as if we speak: so therefor we women will speak.”

I believe that until now the world has been the pyrrhic victory of an epic school of thought over the dramatic one: of thriving over being, of strength over coexistence, of violence over debate, of vengeance over justice, of tyranny over democracy, of male over female. I believe from the very beginning, in Colombia as well as around the world, or what remains of it, there have been wonderful women writers dedicated to the work of highlighting the blemishes vehemently denied by their societies. It also seems clear to me that behind most of the world’s stories of the past two centuries, whether written by men or by women, we find the female vocation in redemption and under amendment. In other words, it is not that we are dedicated to defeat men, for being subjugating and unscrupulous, but dedicated to achieve a world in which each and every one can live out their transformation, their story arc, their parable.

One could simple put oneself in the task of recognizing in the classics of literature, for example, the pulse of an individual against a collective determined to block the way to equality and to put them in their place on the pyramid: “But what’s being believed?...”. One could arrive at the conclusion, thus, –in a species dominated by the primal male response to the question of our existence– every artist ends up taking advantage of female courage: every artist is a wo-

man. That is to say that I have dedicated thirty of my forty-five years to writing fictions and giving my opinion, reading and rereading the courageous women writers that we have, I follow religiously, several female columnists with sharp tongue and I want to go where the female journalist Jineth Bedoya went, because not only do I notice the same rigor and courage that I have seen since I was a child, but also that faith – despite everything– in the promises of democracy.

There was a time when we followed the Founding Fathers: the heroes and their villains. There were times when we followed priests, politicians, scientists, celebrities, and gurus in search of some form of peace. From seven decades ago, or well since today, it has become advisable to follow black leaders, LGBTI leaders, women leaders of equality –it is advised to be led by women who edit, who write, who research, who call for therapy, who speak out because keeping quiet is no longer an option– because it is their voices that are reclaiming our right to be who we are and what we want to be in a world free from the hidden rules of violence. It is not the same as before, no, it is not a revolution to try out another tyranny, it is not the same old era: to be led by feminist ideology is not to follow anyone, but to go, finally, behind oneself.

RICARDO SILVA ROMERO
Colombian writer.





A vibrant, detailed illustration of a jungle scene. The background is a deep, dark purple. Scattered throughout are various elements: large, trumpet-shaped purple flowers with intricate patterns; several yellow butterflies with black markings; and a spotted yellow leopard with black spots, perched on a branch. The scene is filled with lush green and yellow leaves, some with holes, and thin, winding vines. The overall style is reminiscent of a classic wallpaper or a detailed botanical illustration.

#Periodistas valientes

#CourageousJournalists

#NoEsHoraDeCallar

“No estaría mal escribir un libro sobre la guerra que provocara náuseas, que lograra que la sola idea de la guerra diera asco. Que pareciera de locos. Que hiciera vomitar a los generales”, dice la enorme Svetlana Alexiévich, Premio Nobel de Literatura 2015 en *La guerra no tiene rostro de mujer*. Tengo tatuada esa frase en el alma. Me siento marcada por esa máxima como las bestias cuando les imprimen a fuego el sello de una ganadería. Yo abogo por esa intencionalidad del periodismo, especialmente si hablo de mujeres, guerras y derechos humanos.

Las muchas palabras de mujeres violentadas que he escuchado y los cientos de relatos de violencias machistas que me han contado me empujan a escribir y ejercer mi oficio con ese férreo propósito. No tengo duda: hace falta que llenemos las páginas de nuestros diarios y noticieros con las historias de ellas. Porque mientras nosotras hablamos, una mujer siria está siendo violada en los campos de refugiados de nuestra preciada Europa. No lo olvidemos, también hoy, cuando vayamos a dormir, que seremos 137 mujeres menos en todo el mundo, que es, según Naciones Unidas, el número de mujeres que son asesinadas cada día por su pareja o un miembro de su familia.

Ser conscientes de esa realidad desgarradora porque además de reporteras, somos, al final, hermanas. Por eso, cuando somos tachadas de locas, de feminazis pesadas y nos toca soportar y superar la indiferencia de muchos, tenemos que recordar que como periodistas nuestra misión es darles voz. Y hay que hacerlo por justicia y porque históricamente no se las hemos dado. Lo segundo que debemos tener tatuado es que el silencio beneficia a los verdugos y callar da poder a los poderosos que nos violentan.

Hace apenas dos años, unas campesinas del Cauca me narraban que habían vuelto los empalamientos a su región, sí, los empalamientos, tecleo al tiempo que siento que me falta el aire mientras lo hago. Escribo por ellas. Mi empeño también se explica porque estoy harta de desayunar un día y otro también con el relato de violaciones grupales y manadas de hombres que nos agreden, acosan y vejan.

A Jineth Bedoya los tres hombres que la violaron y la torturaron hace ahora veintiún años, le dijeron: “Míreme bien la cara, hijaeputa; míremela porque no se le va a olvidar nunca”. Aquellos malnacidos no se imaginaban que la incansable lucha de la periodista, hoy convertida en uno de los rostros internacionales más importantes contra la violencia sexual contra las mujeres, iba a conseguir —casi dos décadas después— que su país fuese juzgado ante la Corte Internacional de Derechos Humanos por crímenes de violencia sexual. No, no nos vamos a callar.

Gracias Jineth por tu empeño en dar a conocer tu historia y la de tantas mujeres como tú. Gracias a los cientos, a los miles de mujeres supervivientes que nos han regalado su historia. Escribo por ellas. Escribo por mí. Escribo por todas. Y lo hago atenta y buscando el vómito, porque de no hacerlo, nos seguirán matando.





#ItsNotTimeToShutUp

«It wouldn't be wrong to write a book about war that would make you nauseous, that the mere idea of war would trigger disgust. That would be crazy. That would make the generals vomit» Words of the great Svetlana Alexiévich, winner of the 2015 Nobel Prize for Literature for war's unwomanly face. I have that quote tattooed on my soul. I feel this motto as though it is etched onto me like a seal branded onto a cattle at a ranch. I advocate for this intentionality of journalism, mainly if I speak about women, wars, and human rights.

The many stories of female rape victims, that I have heard and the hundreds of stories of male-dominated violence, that I have been told, push me to write and practice my craft with that unwavering purpose. I have no doubt: there is a need to fill the pages of our newspapers and news bulletins with the stories of those women. Because as we women speak, a Syrian woman is being raped inside the refugee camps of our dear Europe. Let us not forget, even today, when we go to bed, there will be 137 women less in our world, which is, according to the United Nations, the number of women murdered every single day by their partner or a member of their family.

Acknowledging this terrible reality tears us apart because in addition to being female reporters, we are, in the end, sisters. That is why, when we are branded as crazy, as extreme feminazis and we must endure and overcome the indifference of many. We must remember that, as female journalists our mission is to give them a voice. And we must do so for justice and because historically we have not given a voice to them. The second thing that we must have tattooed is that silence benefits the executioners and to remain silent gives power to the powerful who violate all of us.

Just two years ago, some country women from Cauca told me that impalement had returned to their region. Yes, impalements. I feel short of breath just typing it. I write for these women. My commitment is also well explained, as I am sick of having breakfast one day

and then the other learning about stories of brutal gang rapes, and herds of men who attack us, harass us and taunt us.

Jineth Bedoya was told by the three men who raped and tortured her 20 years ago, “Look at my face, you son of a bitch; look at my face because you will never be able to forget it.” Those bastards had not a single idea that the tireless struggle of that female journalist, who has now become one of the most recognized international faces of the fight for violence against women, would manage —almost two decades later— to have her country tried before the International Court of Human Rights for crimes of sexual violence. No, we will not remain silent.

Thank you, Jineth, for your commitment to sharing your story, and that of so many women like you, and thank you to the hundreds and thousands of female survivors who have given us their story. I write for those women. I write for me. I write for all of us women. And I do so attentively and looking forward to nausea, because if we women don't, those men will continue to murder us.

LULA GÓMEZ
Spanish journalist. She works in
Human and women's rights.
@lulagomez

La radio: rostro oculto de mujer

¿Por qué la radio? Tengo grabado el recuerdo de aquellas oscuras y silenciosas noches en el desierto con el susurro de una radio diminuta acompañando a mi abuelo nómada. Del transistor salían voces de hombres y mujeres, y yo imaginaba que algún día podría ser una de esas voces. Me fascinaba la idea de poder estar en dos lugares a la vez: en el desierto y en una ciudad que me permitiría estudiar y trabajar.

Claro, son voces que no muestran su rostro. Se trata de mujeres que no se exponen y seguro que la familia podría verlo con buenos ojos.

—La radio *mestura* (discreta) —me dijo un día mi tía, cuando ya de mayor le confesé que quería dedicarme al periodismo—. En el papel a veces podría salir tu foto y en una televisión europea sería un escándalo porque no usarías el hiyab —me aseguraba ella.

Lo daba por hecho. No tenía en cuenta que entre mis planes no estaba el de ser una mujer velada. Siempre tuve claro que todos los velos me sobraban. Sin embargo, solo el tiempo y la radio me han permitido entender lo difícil que es para las mujeres de mi entorno —donde la religión está tan arraigada— el tener el control sobre su vida. La tasa de desempleo femenino en el mundo árabe es mucho más alta que la de los hombres. Nosotras no siempre podemos trabajar. Vivimos en una realidad de límites y normas. Socialmente, el prototipo de mujer es aquella que se dedica a su casa y su familia.

Aún así, en estos países hay muchas mujeres que han decidido romper el silencio y en las últimas décadas han provocado grandes cambios. Lo han hecho —lo hemos hecho— escondiéndose

detrás de las ondas. Hace un par de años descubrí un proyecto espectacular de mujeres saudíes, que a través de la radio combaten la enorme desigualdad que sufren en su país. Arabia Saudí es muy activa en el borrado de las mujeres.

Hace poco conocí la historia de Naaima, una mujer marroquí que tiene su propio proyecto de radio. Ella quedó embarazada fuera del matrimonio, su familia la repudió y, desde entonces, ha vivido todo tipo de obstáculos, hasta que la acogieron en una casa para mujeres en Casablanca. Actualmente, desde este lugar y con su micrófono, habla de lo que ella vivió y plantea todos los problemas que sufren las mujeres en su país, un lugar en el que las relaciones fuera del matrimonio están castigadas por el Código Penal.

Por eso estoy enganchada a la radio, porque en estos casos las mujeres se aferran al dial para reivindicar que existen. Muchas me han contado su historia en la radio, me dicen que se sienten seguras. Lo entiendo, lo he vivido en mi propia piel. Las ondas me han hecho perder el miedo y contar mis planes. La radio somos nosotras. Es nuestra voz que, seguramente, en este preciso instante, esté escuchando mi abuela. Una mujer que nunca se ha puesto en el centro y, aunque no me lo diga, sé que si me escucha... su corazón me aplaude.



The Radio: the Hidden Face of a Woman

Why the radio? I have engraved on my memory those dark and quiet nights in the desert with the whisper of a tiny radio accompanying my nomadic grandfather. Male and female voices were coming from the transistor, and I imagined that one day I might be one of those voices. I was mesmerized by the idea of being able to be in two places at the same time: in the desert and in a city that would allow me to study and work at the same time.

Sure, they are voices that do not show their face. These are women who do not reveal themselves and surely it would be positively viewed by my family.

—The radio mestura (discreet) —One day my aunt said me, when I was already of age and had confessed that I wanted to work in journalism. “In the paper, sometimes your photo could show up and on European television it would be a scandal because you wouldn’t be wearing a hijab,” she assured me.

I took it for granted. Amidst my plans, I did not take into consideration being a veiled woman. It was always clear that all the veils were useless to me. Nevertheless, only time and the radio allowed me to comprehend how difficult it is for women around me—a place deeply rooted in religion—to have control over their lives.

The female unemployment rate in the Arab world is much higher than that of men. We women can’t always work. We live in a reality of limits and rules. Socially, the prototype of a woman is one who is dedicated only to her home and her family.

Still, in these countries there are many women who have chosen to break the silence and in recent decades have caused big changes. They have done it—we have done it—hiding behind the radio waves. A few years ago, I discovered a stunning project by Saudi women, who by means of the radio spoke out about the massive inequality

that they suffer in their country. Saudi Arabia is very active when it comes to disappearing women.

I recently learned the story of Naaïma, a Moroccan woman who has her own radio project. She became pregnant out of wedlock, her family condemned her and, since then, she has lived through all kinds of obstacles until they took her into a home for women in Casablanca. Currently, from this home and with her microphone, she talks about what she faced and raises all the problems that women suffer in her country, a place where relationships out of wedlock are punished by the Penal Code.

That is why I am hooked on the radio, because in these cases women cling to the dial to reclaim their existence. Many women have told me their story on the radio, they tell me they feel safe.

I understand it, I have lived it in my own skin. The radio waves have made me lose my fear and share my plans. The radio is us women. It is our voice that, surely, at this exact moment, that my grandma is listening to. A woman who never put herself in the center and, even if she does not tell me, I know that if she listens to me... her heart cheers for me.

EBBABA HAMEIDA
Journalist based in Madrid, born in the Saharawi Refugee Camps in Algeria.



El sur de todos los nortes



En efecto, “es el momento de hablar y denunciar”, fue lo que pensé cuando empecé a viajar por el mundo como periodista de TVE.

En 1982, cuando todavía los programas para las mujeres se limitaban a clases de cocina, costura y entretenimiento, propuse a mis jefes de TVE una serie titulada “Los Marginados”, llevada de mi deseo de abrir una ventana al mundo en la España todavía oscurantista y patriarcal en la que vivíamos las mujeres. Quería llevar a los hogares de miles de españoles y españolas la realidad de millones de seres humanos que vivían en otros lugares del mundo. Viajé a la India, Nicaragua, China, Estados Unidos, Haití, Etiopía, Colombia, Mali... En todos ellos descubrí la injusticia y el rostro de la pobreza y la exclusión. Pero lo que sobre todo descubrí es que debajo de un campesino explotado siempre hay una campesina doblemente explotada por ser campesina y mujer, debajo de un negro hay una negra triplemente marginada por su condición de negra, pobre y sobre todo por ser mujer. Descubrí, como tantas veces he dicho, que la mujer es el sur de todos los nortes.

Siempre he intentado dar la voz a los que son silenciados por otros, pero consciente de la mayor exclusión de la mujer, desde muy pronto hice una opción para que ellas fueran el objeto principal de mi trabajo. Por eso, cuando en España en 1992 todos estaban afanados en celebrar los fastos del “Descubrimiento”, yo quise contar la historia de América Latina en voces de mujeres, las grandes silenciadas de la historia. Así surgió la serie de la que me siento más orgullosa. “Mujeres de América Lati-

na”: Guatemala, Perú, Puerto Rico, Nicaragua, México, Chile, Bolivia, Cuba, Venezuela, República Dominicana... estos países estuvieron presentes en la serie, pero lo novedoso y lo más impactante es que eran las mujeres las que tomaban la palabra para denunciar la realidad que estaban viviendo: qué supone ser madre en América Latina, cómo se sienten las mujeres que son obligadas a utilizar su cuerpo como mercancía, qué papel tuvieron las mujeres en la revolución de Cuba y Nicaragua... Todos estos temas los abordé en esta serie porque las mujeres somos más del cincuenta por ciento de la población mundial y podemos y debemos tomar la palabra y contar nuestras verdaderas historias en primera persona.

Pero a las mujeres nunca nos han salido gratis nuestras conquistas. De esto saben muy bien mis compañeras latinoamericanas. Esta serie y la denuncia que ella llevaba implícita, me supuso un castigo de siete años “haciendo pasillos” en TVE. Esta expresión es la que utilizábamos en televisión cuando se nos castigaba al silencio y se nos privaba del derecho de informar y poder ejercer nuestro trabajo. Siete largos años en los que aproveché, y ahí están los archivos, para seguir denunciando a través de escritos y conferencias, la situación de desigualdad e injusticia que sufre la mujer en cualquier parte del mundo por el simple hecho de ser mujer.

Hemos avanzado, pero el camino que queda por recorrer es largo y seguro que muchas veces penoso e incluso peligroso, pero no podemos desfallecer. Sororidad, compañeras: no es tiempo de callar.



The South of All Norths

Indeed, “this is the time to speak out and denounce” that was what I thought when I first started to travel around the world as a female journalist for TVE.

Back In 1982, when tv shows for women were still restricted to cooking classes, sewing and entertainment, I proposed to my bosses at TVE a series called “Los Marginados” (The Marginalized) which was inspired by my desire to open up a window to the world in the still obscurant and patriarchal Spain in which we women lived. I wanted to bring the reality of millions of human beings in other parts of the world into the homes of thousands of Spanish men and women. I traveled to India, Nicaragua, China, USA, Haiti, Ethiopia, Colombia, Mali... In all of these countries I discovered injustice and the face of poverty and exclusion. Above all, I discovered that under an exploited peasant man there is always a peasant woman exploited twice as much for being both a peasant and a woman, under a black man there is a black woman triply marginalized because she is black, poor, and above all, a woman. I realized, as I have stated many times, that women are the south to all the norths.

I have always tried to give a voice to those who are silenced by others, but conscious of the major exclusion of women, from early on I

made a decision that they would be the main object of my work. That is why back in 1992 when everyone in Spain was eager to celebrate the magnificence of the “Discovery”. I decided to tell the history of Latin America through the voices of women, the most suppressed throughout history. From this arose the tv series that I am most proud of entitled: “Women of Latin America”: Guatemala, Peru, Puerto Rico, Nicaragua, Mexico, Chile, Bolivia, Cuba, Venezuela, Dominican Republic ... These countries were represented in the series, but what made it original and impactful was that it were the women speaking out to denounce the reality they were living: what it means to be a mother in Latin America, how women feel when they are forced to use their bodies as goods... What role the women played in the Cuban and Nicaraguan revolution? ... I addressed all of these topics in this series because we women make up more than 50% of the world’s population and we can and we must speak out and tell our own stories in the first person.

But for us women our conquests have never been easy. My female Latin American colleagues know this statement very well. This series and the condemnation implied in it, was a punishment of 7 years of “walking the plank” on TV. That is the expression we used in television to convey when we were destined to be silenced and deprived of the right to inform and to work as journalists. Seven long years which I took advantage of, and there they are the files, to continue denouncing through writings and conferences, the condition of inequality and injustice suffered by women all over the world for the simple fact of being a woman.

We have come a long way, but the road ahead is still long and surely, it will sometimes be painful and even dangerous, but we must not give up. Sisterhood: It is not time to shut up.

CARMEN SARMIENTO
Spanish journalist, TVE.



Olvidé decir que me violaron...



Un cartel publicitario desde el que sonreía una pareja, ante lo que parecía ser un centro médico, rezaba: “Lo que gaste ahora lo ahorrará con creces después”. Es decir, aborte su feto femenino y no tendrá dote que pagar en el futuro. Lo vi, allá por los setenta, en las calles de la entonces Madrás, al sur de la India.

No fue hasta veinte años después que se prohibió informar del sexo tras las ecografías así como el aborto selectivo. Sin embargo, en los años dos mil, todavía me repetían el dicho popular: “Invertir en una niña es como regar el jardín del vecino”. Se calcula que, anualmente, a unos imprecisos dos millones de indias no se las permite ni siquiera nacer. China, no va a la zaga.

El bengalí Amartya Sen, premio Nobel de Economía, estima que faltan cien millones de mujeres en el planeta por no recibir el mismo trato que los hombres en salud, educación, seguridad. Asia encabeza esta cifra que habla, silenciosamente, de abandono y desigualdad extendida por los continentes. Tan silenciosamente como silenciadas se querrían las imágenes que mi caminar por la vida ha prendido en mi retina y que el periodismo me ha permitido difundir para romper ese atronador silencio. Hoy no abro el archivo de los agravios más cercanos sino la memoria de los distantes.

Muchachas “rebeldes” asesinadas en Pakistán por sus allegados en defensa del honor de la familia y madres acurrucando a sus hijos en habitaciones agujereadas por la metralla. De parto en hospitales mozambiqueños sin cristales y ancianas rompiendo hielo en calles soviéticas. Niñas salvadoreñas obligadas a cambiar escuela por trabajo doméstico y adolescentes africanas mu-

tiladas. Mujeres filipinas buscando pedazos de sus hijos tras un atentado suicida. ONGs al rescate de pequeñas camboyanas en la prostitución infantil. Jeyakumari vendía, para comer, sus últimos abalorios nupciales, en Sri Lanka. Saher, viuda de guerra en Irak, obligada a un “matrimonio temporal”, sexo por alimentos para sus hijos. Violeta, cuyo embarazo a los trece años, en una zona rural colombiana, siguió un documental, supuestamente, formativo. No aparecía el padre. A mi pregunta del porqué, la extraña respuesta fue que “el problema y sus consecuencias son solo para ella y ellas”. Fatuma Zainab, política ugandesa, detenida con otros opositores y desnudada en público. “Solo me desnudaron a mí”, me precisó al teléfono. Una torturada argentina en la Esma, tras relatar en el juicio a la Junta Militar las atrocidades infligidas, comentó al salir: “olvidé decir que me violaron”.

Son historias de desprecio por los derechos humanos y de lucha incansable por el futuro. Son símbolos de cotidianidad injusta y violencia estructural extrema contra la mujer en un modelo androcéntrico. En el que, si bien la cruz es discriminación, opresión y represión generalizada, la cara, desde luego, es la resistencia sin par de las mujeres por mantenerse como pilar central del vivir cada día y por ser cimiento decisivo para el progreso de la comunidad.

Son realidades que exigen mi compromiso como persona y periodista; mi tiempo para llegar a lo que algunas ni siquiera pueden expresar y a lo que otros no quieren mostrar. Si un reto vale la pena es, sin atisbo de duda, el de contar la vida en femenino. Para que el relato del mundo en el que vivimos esté completo.

I Forgot to Say that They Raped Me

An advertising poster from which a couple smiled, in front of what seemed to be a medical center, states “Money spent now will save you tenfold later.” That is to say, abort your female fetus now and you won’t have a dowry to pay in the future. I saw that poster, back in the 70s, on the streets of what, at the time, was Madras, in southern India.

It was not until 20 years later that revealing the sex of the baby after the ultrasounds as well as selective abortion was prohibited. However, in the 2000s, I was still hearing the popular saying: “Investing in a girl is like watering the neighbor’s garden. It is estimated that, annually, an imprecise two million Indian women are not even allowed to be born. China is not far behind.

Bengali Nobel Prize in Economics winner Amartya Sen estimates that there are over a hundred million women less in the world due to the fact that women do not receive the same treatment as men in terms of health services, education, and security.

Asia is leading in numbers that speak, quietly, of neglect and inequality spread across the continents. As much as they wanted to silence and suppress the images, they remain embedded in my eyes and journalism has allowed me to speak out and break that deafening silence. Today I will not open the file of the closest grievances but rather the memory of the distant ones.

“Rebel” girls murdered in Pakistan by their relatives in defense of their family’s honor and mothers cuddling their children in rooms filled with holes caused by shrapnel. From childbirth in hospitals without windows in Mozambique and old women breaking ice in Soviet streets. Salvadorian girls forced to trade school for domestic work as well as African adolescents mutilated. Filipino women searching for pieces of their children after a suicide bombing. NGOs to the res-

cue of little Cambodian girls from child prostitution. Jeyakumari, in Sri Lanka had to sell her bridal beads to eat. Saher, widowed by the war in Iraq, was forced to have a temporary marriage, in which sex was traded of food for her children. Violeta, whose pregnancy at the age of 13, whilst living in a rural area in Colombian was followed by a purportedly educational documentary. The father never appeared. When I asked why, the puzzling answer was that “the problem and therefore its consequences are hers and solely hers.” Fatuma Zainab, a Ugandan politician was arrested with other political opponents and stripped in public. She said on the phone “They only stripped me”. A tortured Argentine woman in Esma, after recounting the atrocities inflicted upon her, during the Joint Military trial, upon leaving remarked “I forgot to say that they raped me.”

They are stories of contempt for human rights and a tireless fight for the future. They are symbols of the daily injustices and extreme structural violence against Women, in a male-dominated model. One in which, even though the burden is discrimination, oppression and generalized repression, the face, by all means, is the unparalleled resistance of women to endure as the pillar of everyday life and the necessary foundation for the improvement of society.

These are the realities that require my commitment as a person and a journalist; my time to arrive at what some are not even able to express as well as what others are not willing to show. If there is a challenge worth it, it is, without a doubt, telling the stories of life as a woman. So that the story of the world we live in will be complete.

ROSA MARÍA CALAF
Spanish journalist, RTVE reporter.



Las mujeres que me habitan

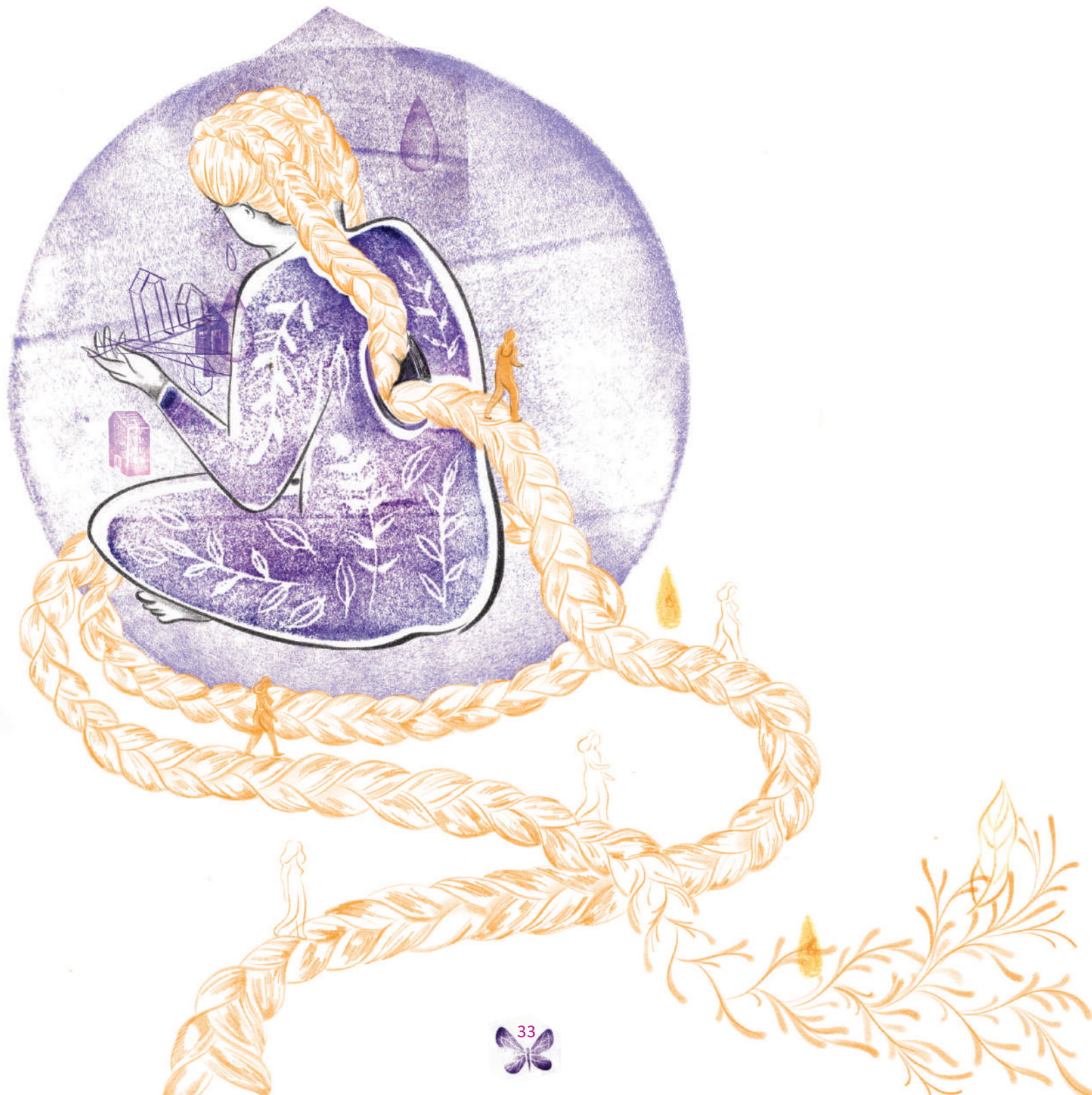
Salwa, Mervat, Mariam, Nüsbet, Omm Khaled Said, Adreia, Hadeer, Sahar, Hanaa, Reda, Reham, Sobheya... Son apenas un puñado de las mujeres que me habitan. Más de una década viviendo y recorriendo Oriente Medio, descubriendo y contando sus acontecimientos en radio, en televisión, con la intimidad de un teclado y un ordenador o la notoriedad de un libro, una exposición o una sala de conferencias. Con la soberbia de querer darles voz para, sólo con el paso del tiempo, darme cuenta de que son ellas las que me prestan la suya para que la mía se haga más incisiva, más clara y más sólida para hablar de frente al maltratador, al violador; al que vende las armas que destruyen sus hogares y estados; al que (o la que, ¡ay!) les cercena el clítoris; al que las encierra en una celda o las somete a una prueba de virginidad; hago mía su voz para poner en la palestra a los que las dejan sin hijos o dictaminan cómo o si han de parirlos. Para avergonzar a los que nos y las gobiernan. Para que el mundo se entere. Para que no pueda (podamos) mirar hacia otro lado.

A veces sus nombres me vienen a la cabeza, otras son sus rostros. Recuerdo los pedazos de realidad que dibujaron para mí. Me acompañan sus vidas y experiencias que acechan con otro nombre u otra cara en un hilo temporal y espacial también distinto. Realidades paralelas. El Cairo, Bagdad, Estambul, Derna, Gaza, se superponen en una: la mía. A través de ellas vivo mil vidas. Crezco. Espero que a través de mí usted también lo

haga. ¡La historia se repite tantas veces! Las oigo clamar ante la injusticia de regímenes represivos; las veo llevar cartas a hijos en el corredor de la muerte, o escribirlas desde una celda; defender a los presos de conciencia en tribunales sin justicia; abrir clínicas, fundar organizaciones contra la tortura. Caer y levantarse. A veces alejarse, quizá para siempre, para poder ser ellas: para poder ser. Otras quedarse en el andén de las despedidas. Son ellas las que me empujan a seguir cuando flaqueo. No estoy sola. Ser periodista y mujer es un reto en estas latitudes (el sexo es siempre un arma de guerra), aunque a menudo caigamos por fuego amigo (desigualdad salarial, paternalismo: ¡ese techo de cristal contra el que golpeo también con sus puños cerrados!). Hablar con el arrojo y empuje que sus lenguas le dan a la mía es un privilegio. La vida no es sencilla en una parte del mundo que a menudo se ve arrastrada a conflictos en los que las más vulnerables llevan la peor parte. A ellas les toca ese papel. Contar sus vidas, su lucha, es sobre todo una responsabilidad por la que no me permito bajar la guardia. Aunque a menudo es agotador. El enemigo usará las mismas armas contra la mensajera.

Cuando empecé a reportear sólo intuía que la lucha sería dentro y fuera del sistema, que nuestras batallas confluirían. No era consciente de lo que sus vidas harían a la mía. Ahora sé que nuestra voz es una, que nuestra lucha es una, y que soy la periodista que soy gracias a todas esas mujeres que ahora me habitan.





Women Who Inhabit Me

Salwa, Mervat, Mariam, Nüsbet, Omm Khaled Said, Adreia, Hadeer, Sahar, Hanaa, Reda, Reham, Sobheya... These are just a handful of the women that live within me. More than a decade living and wandering the Middle East, discovering and telling their stories on the radio, on television, the comfort of their keyboard and computer or the notoriety of a book, an exhibition or a conference room. From the pride and desire to give them a voice that, over time,

made me realize that it was these women who lent me their voice

so that mine could be sharper, clearer and

more solid to speak out in the face

of the abuser, the rapist; the ones

who sell the guns used to de-

stroy their homes and States;

the men who (or the women

who, hah!) perform the fe-

male genital mutilation; the

ones who lock them up in a

cell or subject them to virgini-

ty tests. I make their voice my

own in order to bring to light

those who leave them childless or

impose how and when they can give

birth. To shame those who control us

and them. For the world

to see. So that we all

can't just look the

other way.

Sometimes their names come to mind, other times their faces. I still remember the bits of reality that they drew out for me. Their lives and experiences follow me through other names and faces in this time-space continuum. Parallel realities. Cairo, Baghdad, Istanbul, Derna, Gaza ... all overlap into one: mine. Through these women I live a thousand lives. I grow. I hope that through me you'll do the same. History repeating itself over and over again! I hear them cry out at the injustices of repressive regimes, I see them carry letters to their children on death row, or writing to them from a cell; defend prisoners of conscience in trails void of any justice; open clinics, establish organizations against torture. falling and getting back up again. Sometimes they leave, perhaps forever, simply so that they can be themselves: just to be. Others remain on the platform from which those women have departed.

These women are the ones who push me to keep going whenever I falter. I am not alone. Being a journalist and a woman is a challenge in these parts (sex is always a weapon of war), even though we often fall from friendly fire (salary inequality, paternalism: the glass ceiling against which I also strike with my fists clenched!). Speaking out with the courage and drive that their tongues give to mine is quite a privilege. Life is not simple in this part of the world where it is often plunged into conflicts in which women bear the brunt and are most vulnerable to. These women play that role. Recounting their lives, their struggles, is above all a responsibility from which I can't let my guard down. Even though it can be exhausting. The enemy will use this same weapon against the messenger. When I started reporting, I only thought that the battle would be within the system, that our fights converged. I wasn't aware of the impact that their lives would have on mine. Now I know that our voice is one, that our fight is one, and that I am the journalist that I am thanks to all those women who now live within me.

NURIA TESÓN

*Spanish journalist. Fields of work:
Middle East, Human Rights, Development.*



Tecleo “no es hora de callar”



Tecleo “no es hora de callar” y en esta página en blanco se van dibujando rostros. Aparecen, aún frescos y dolientes, los rostros que me han acompañado en los últimos años. Los de mujeres palestinas enfermas de cáncer que no han tenido acceso al tratamiento que necesitan por vivir en una región pobre y totalmente aislada del mundo como es la Franja de Gaza en 2020 y que además se ven discriminadas y estigmatizadas dentro de su sociedad, cada día más conservadora y patriarcal por las circunstancias que le toca padecer.

Mujeres que callaron, sabiéndose enfermas, por miedo a ser abandonadas o a no encontrar nunca un marido y cuando recibieron el diagnóstico ya era demasiado tarde. Jóvenes repudiadas tras haber sufrido una mastectomía que, según sus esposos, las deformó y las hizo menos mujeres y están ahora condenadas a vivir para siempre en la casa paterna, casi escondidas. Madres que se fueron apagando lentamente, ante la mirada espantada e impotente de sus seres queridos, esperando en vano un permiso para salir a recibir un tratamiento que en Gaza no existe, como por ejemplo la radioterapia.

Seres humanos con derechos que deberían estar por encima de un conflicto israelí-palestino complejo, manoseado y zarandeado internacionalmente por intereses que poco tienen que ver con una paz justa. Un conflicto que castiga por igual a hombres y mujeres, pero que en el caso de estas palestinas enfermas de Gaza rezuma una especial crueldad.

Informar sobre la angustia silenciosa y silenciada de estas mujeres y sobre su camino plagado de obstáculos hacia una posible

curación levanta ampollas en las dos partes en conflicto y más allá de ellas. Darles voz tiene frecuentemente como respuesta la intolerancia, las críticas y los insultos de quienes nunca han puesto un pie en Gaza y no han podido sentir la asfixia de sus casi dos millones de habitantes.

Es más cómodo no saber, no escuchar y cerrar los ojos para no mirar de frente a estas enfermas desnudas de derechos que se nos parecen tanto que provocan escalofríos de miedo. Porque desde un punto de vista humanitario, Gaza es una gran vergüenza y un doloroso fracaso.

Tecleo “no es hora de callar” y Nivín acaba de morir en Gaza tras años de sufrimiento, rabia y empeño por curarse de un cáncer. Si hubiera nacido en otro lugar del mundo probablemente sería hoy una mujer sana o en recuperación. Nivín tocó desesperada en todas las puertas para exigir el derecho a recibir su tratamiento, indisponible en la Franja, con la periodicidad que requería la enfermedad. Pero las puertas de Gaza no se abrieron y el cáncer se tornó irreversible. Su caso llegó incluso al Tribunal Supremo israelí, que falló a su favor, pero era demasiado tarde.

Falleció en silencio y consumida por el dolor. Tenía 43 años, tres hijos y un marido que siempre le sostuvo la mano. Se fue sin saber que su voz podrá ser escuchada y su ausencia abrirá ojos a miles de kilómetros de Gaza.

As I Type “it’s not time to shut up”

As I type “it’s not time to shut up” faces appear on this blank page. The faces that have accompanied me in the last few years, appear to me as though they were still fresh and suffering. Those of Palestinian women suffering from cancer with no access to the treatment they need because they live in a poor and totally isolated region of the world such as the Gaza Strip in 2020 and who are also discriminated against and stigmatized within their own society, which every day grows increasingly conservative and patriarchal towards their circumstances.

Women who kept silent even when they knew they were ill, for fear of being abandoned or never finding a husband, after having received the diagnosis when it was already too late. Young women condemned after having undergone a mastectomy that, according to their husbands, deformed their bodies and made them less female and thus they are sentenced to live forever, in their parents’ home where they are basically hidden. Mothers who slowly faded away before the frightened and helpless gazes of their loved ones, waiting in vain for permission to go out to get a treatment that does not exist in Gaza such as radiotherapy.

Human beings with rights that should be put above a complex Israeli-Palestinian conflict, scorned and shaken down internationally for interests that have little to do with the pursuit of fairness and peace. A conflict that punishes men and women equally, but in the case of these sick Palestinians from Gaza, oozes a special cruelty.

Reporting on the silent anguish and suppression of these women and their path, plagued with impassable obstacles, to a possible cure ruffles the feathers of the two conflicting parties amongst others. Providing a voice for these women is often met with intolerance, criticism, and verbal abuse from those who have never set foot in Gaza, those

who have not been able to feel the suffocation of its almost two million inhabitants.

It’s more comfortable to not know, to not listen and to close your eyes so you don’t have to come face to face with these sick women, deprived of their rights who look so familiar to us that it gives you the chills. Because from a humanitarian point of view, The Gaza Strip is a huge disgrace and a painful failure.

As I type “it’s not time to shut up”, Nivín has just died in Gaza after years of suffering, rage, and determination to cure herself of cancer. If she had only been born elsewhere in the world, she would probably still be a healthy woman or at least in recovery. Nivín desperately knocked on all the doors to demand the right to receive treatment, unavailable in the Strip, within the timeframe that the disease required. But the gates of Gaza were not opened, and the cancer became irreversible. Her case even reached the Israeli Supreme Court, which ruled in her favor, but unfortunately it was way too late.

She died in silence and consumed by the pain. She was 43 years old, with three children and a husband who always held her hand. She left without knowing that her voice would be heard, and that her absence would help to open the eyes of many thousands of kilometers away from the Gaza Strip.

BEATRIZ LECUMBERRI

*Journalist at an international news agency.
Ex-freelance in Jerusalem and co-director of
the documentary “Condemned in Gaza”.*



Ashwaq

Era un día nublado. Había quedado en un campo de desplazados yazidíes, en el Kurdistán iraquí, con la doctora Nagham Nawzat. De ella dijo Nadia Murad, la premio Nobel de la Paz, que había combatido al DAESH con el arma más poderosa el día que decidió tratar a las exesclavas sexuales del autodenominado Estado Islámico. Su relato sobre lo que le habían contado en estos años las más de mil víctimas a las que ha ayudado a recuperar sus almas y sus cuerpos hiela la sangre y el alma. Esta extraordinaria ginecóloga yazidí me confesó que eran ellas las que le daban fuerza para seguir ayudando a las supervivientes que continúan en campos de desplazados.

Fuimos con ella a visitar a una familia de la que cinco hermanas y su cuñada fueron esclavas sexuales del DAESH. Mi mirada se encontró con la de Ashwaq Haji. Había un brillo, triste, en sus ojos. Empezamos a hablar. Había estado tres años en Alemania

en tratamiento y volvió porque creyó ver allí a su violador, aunque no era él. Ese día estaba contenta. Había dejado hacia poco de tomar las pastillas para dormir que la habían acompañado durante años. Pero me confesó que a pesar de que sonriesen, con la llegada de la quietud y la soledad de la noche, sus vidas se inundaban de lágrimas. Lloraban por el pasado pero también por su no presente y su incierto futu-

ro. No podían pensar en el futuro, porque todavía no ha aparecido la pequeña de las hermanas, a la que los bárbaros del DAESH se llevaron con solo nueve años.

Y tengo clavado en el corazón su relato, sobre todo su sufrimiento a manos del terrorista yihadista que la secuestró y la violaba cuando quería, amén de malos tratos y otras torturas. Pero ese día estaba feliz. El día anterior se había visto cara a cara con su violador en la cárcel y le había escupido todo su dolor y rabia, con coraje y valentía. Unas semanas después vi la grabación de ese encuentro. Ashwaq le gritó que nunca olvidará el día en el que la violó por primera vez y le recordó que tenía catorce años. “Como tu hermana”, le espetó. Fue condenado a muerte. Y muerto lo quiere Ashwaq. Dice que es la única manera en que ella pueda vivir y pensar un día en tener una relación y formar una familia porque ahora rechaza la cercanía de los hombres. Y yo, contraria a la pena de muerte, solo pude callar, porque lo único que deseo es que ella pueda ser feliz y tener una vida en paz.

Nos reímos cuando me contó cómo había escapado de su violador. Estaba con otras chicas en una casa. Sus violadores venían cuando les placía y hacían con ellas lo que querían. Un día pidieron al médico somníferos alegando que no podían dormir y los echaron en la comida de aquellos bárbaros. Cuando se durmieron, escaparon.

Me habría quedado horas y días con ella. Espero volver a verla. La abracé con fuerza cuando nos despedimos para transmitirle mi cariño y admiración, pero, sobre todo, quería que ella me pasase algo de su fuerza, coraje y valor, porque mujeres como Ashwaq son las que nos dan una y otra vez lecciones de vida y son mi brújula para seguir en el camino de la lucha.





Ashwaq

It was a cloudy day. I had spent the day in a Yazidi displacement camp in Iraqi Kurdistan with the female Dr. Nagham Nawzat. Nadia Murad, Nobel Peace Prize winner, spoke of the Dr and said that she had fought DAESH with the most powerful weapon on the day she decided to treat the former sex slaves of the self-proclaimed Islamic State. Her stories about what she has heard over the years from more than 1000 victims who she has helped recover their bodies and souls would send shivers down your spine. This remarkable Yazidi gynecologist confessed to me that they were the ones who gave her the strength to continue helping the survivors who remain in IDP camps.

We went with her to visit a family of which five of the sisters and their sister-in-law were DAESH sex slaves. I locked eyes with Ashwaq Haji. There was a sad sparkle in her eyes. We began talking. She had been in Germany for three years under treatment and had returned because she thought she saw her rapist there, even though it wasn't him. That day she was happy. She had recently stopped taking the sleeping pills that had accompanied her for years. Although, she confessed to me that despite the smiles, with the arrival of the stillness and loneliness of the night, their lives were flooded with tears. They cried for the past but also for their non-present and their uncertain future. They could not think about the future, because their youngest sister, whom the DAESH barbarians took away when she was only 9 years old, has still not yet been found.

And I have her story tattooed in my heart, especially all suffering she endured at the hands of the jihadist terrorist who kidnapped her and raped her whenever they felt like, along with the mistreatment and other tortures. But that day she was happy. The day before, she came face to face with her rapist in jail and spat all of her pain and anger on him, with courage and bravery. A few weeks later I saw the recording of that meeting. Ashwaq shouted that she would never forget the very first day when he raped her and she reminded him that she was fourteen years old. "Like your sister", she said sharply. He was

sentenced to death. And dead Ashwaq wanted him. She says that it is the only way she can live and think about having a relationship and starting a family one day because right now she rejects the closeness of men. And I, contrary to the death penalty, could only be quiet, because the only thing that I want is for her to be able to be happy and to live a peaceful life.

We laughed when she told me how she had escaped her rapist. She was with some other girls in a house. Their rapists came when they pleased and did what they wanted with them. One day they asked the doctor for sleeping pills claiming that they could not sleep and they added them to the savages' food. When they fell asleep, they managed to escape.

I could've stayed hours and even days with her. I hope to see her again. I hugged her tightly when we said goodbye so that she could feel my love and admiration for her, but above all, I wanted to get some of her strength, courage, and bravery. Because women like Ashwaq are the ones who repeatedly give us life lessons and are my compass to stay the course of the struggle.

PILAR REQUENA

*Spanish journalist, professor of International Relations
at the Complutense University of Madrid.*

Brillantes retazos de existencias

Las mujeres son diversas e inclasificables. También en Oriente Próximo pese a la representación simplista, monolítica y estigmatizada que en demasiadas ocasiones se hace de ellas en los medios de comunicación. No son sólo víctimas, supervivientes, al menos no es eso lo único que las define. Y para dibujar un cuadro completo el mejor pincel, los mejores trazos, son sus voces. Que sean ellas las dueñas de sus propias narrativas, alejadas del paternalismo y el orientalismo que suelen marcar la mirada desde el exterior hacia esta región.

Me dedico a cubrir conflictos desde hace más de una década. El mío, como tantos otros, es un sector masculinizado. Suelen ser hombres los grandes referentes en este tipo de periodismo. Son hombres la mayoría de las fuentes en las crónicas de guerra. Excluir del relato a la mitad de la población no tiene que ver con el sexo de quien lo escribe, es un caso claro de mala praxis profesional. No entrevisto a mujeres por ser mujer, lo hago por rigor, responsabilidad y justicia.

He trabajado en más de una veintena de países. Conocí a Mina en Kabul, en un centro para mujeres sin recursos. La historia reciente de su país cabía en su cuerpo menudo y castigado: señores de la guerra que le arrebataron a su familia, talibanes que hicieron lo propio con sus derechos, invasiones extranjeras que agudizaron su pobreza. La mirada fija en un televisor que retransmitía una sesión del Parlamento: “Ahí están los asesinos de mis hijos, donde vosotros los habéis sentado”. Geopolítica en el testimonio de una mujer. Basma, psicóloga, dejaba cada

mañana en casa a sus aterrorizados hijos para ir a curar las heridas más invisibles de los de otras. Era el verano de 2014 y Gaza sufría la más mortífera ofensiva israelí. Si alguien sabe de las huellas indelebles de los bombardeos, es ella.

He visto a mujeres veladas colgarse del techo en clases de acrobacias, a madres de seis hijos que desafiaron a maridos y familias reclamando métodos anticonceptivos en un campo para personas desplazadas, para ellas y para sus hijas. A activistas exigir su silla en las mesas de negociación de paz, empeñadas en ser actores activos y no víctimas perpetuas. ¿Cómo serían sus países hoy en día si se hubieran promovido procesos inclusivos en los que hubieran estado plenamente involucradas? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es en lo que se han convertido eludiendo su presencia. Y que ellas siempre pagan el precio más elevado.

Son apenas retazos de brillantes existencias que sólo acierto a imaginar, a construir a partir de breves relatos en efímeros encuentros a los que, generosamente, fui invitada y que me siguen moldeando como mujer. Como escribió la maravillosa Maya Angelou: “No hay mayor agonía que llevar una historia no contada dentro de ti”. Dejemos que cada una cuente la suya y reclamemos que sea escuchada.



Shiny Scraps of Existences

Women are diverse and unclassifiable. Even in the Middle East, despite the simplistic, monolithic, and stigmatized way they are too often represented in the media. They are not just victims, survivors, at least those aren't the only qualities that define them. And in order to paint a complete picture the best brush, the best lines, are their voices. Let those women be the narrator of their own narratives, away from the paternalism and orientalism that usually sculpt the look from the outside looking towards this region.

I have been covering conflicts for over a decade. Mine, like so many others, is a male-dominant sector. The major references in this type of journalism are usually men. Most of the sources in the war chronicles are men. Excluding half the population from the story has nothing to do with the gender of the person who writes it, it is a clear case of professional malpractice. I do not interview women because I am a woman, I do it out of rigor, responsibility, and justice.

I have worked in over twenty countries. I met Mina in Kabul, in a center for impoverished women. The recent history of her country packed into her small, beaten body: warlords who took her family from her, Talibans who did the same with their rights, foreign invasions that exacerbated her poverty. Her eyes fixed on the television broadcast of a Parliament session: "There are the murderers of my children, where you have sat them." Geopolitics in the testimony of a woman. Basma, a female psychologist, left her terrified children at home every morning to go and heal the most unseeable wounds of other people's children. It was the summer of 2014 and Gaza was undergoing its most deadly Israeli attack. If anyone knows of the indelible marks of the bombings, it is her.

I have seen veiled women hanging from the ceiling in acrobatics classes, mothers of six children who defied their husbands and fami-

lies demanding contraceptives in a displacement camp, not only for them but also for their daughters. Activists demanding their seats at the peace negotiation tables, determined to be active participants and not perpetual victims. What would your countries be like today if inclusive processes had been promoted and with women having been fully involved? We wouldn't know. What we do know is what they have become having avoided their presence. And those women will always pay dearly.

These are just fragments of brilliant existences that I can only imagine, to build from short stories from fleeting meetings to which I was generously invited and that continue to shape me as a woman. As the wonderful Maya Angelou once wrote, "there is no greater agony than bearing an untold story within you." Let everyone tell their own and demand that it be heard.

CRISTINA SÁNCHEZ
Correspondent of Radio Nacional
de España in the middle east.





Carta a Razan, May, Fadwa

Han cambiado algunas cosas desde que os fuisteis, queridas Razan, May, Fadwa. Desde hace unos meses el mundo se enfrenta a una pandemia. Es un virus, y no la guerra, lo que está matando a millones de personas en todo el planeta, desafiando fronteras geográficas.

Pero las guerras continúan pese a todo. Hubo unos momentos, al comienzo de la pandemia, en que los aviones dejaron de bombardear Idlib, pero enseguida lo retomaron. Bombardear, torturar, matar de hambre, de exilio, de pérdida, acabar con cualquier signo de lo que personas como vosotras representáis no ha dejado de ser una prioridad. Hay quien habla de paz para referirse a este cementerio en que han convertido nuestra Siria.

No dejan de aumentar las injusticias en nuestro Oriente Próximo, queridas mías, ni en la Siria que tanto amamos. Cuando comenzó a expandirse la pandemia, las autoridades —autoridades, qué palabra tan vacía, tan absurda, son tantas las palabras que sirven en otros contextos y son en el nuestro una carcasa vacía que usamos por inercia, por agotamiento, a falta de otras, para que el resto del mundo nos entienda—, salieron diciendo que en Siria no podían entrar los virus, que ningún virus soportaría enfrentarse al glorioso Ejército Árabe Sirio. Casi puedo oír tus comentarios mordaces, May; perderme en tu mirada limpia de color aguamarina desafiando la propaganda, Razan; negar contigo a la siria, Fadwa, con ese leve arquear de cejas y chasquido de la lengua.



Hace un tiempo escribí sobre vosotras (y mi amigo Joey lo tradujo), contando lo importante que erais, que sois, que seguiréis siendo, porque lo que representáis nos hace más falta que nunca. Hablé también de Lama al-Basha, a quien no conocí, otra mujer valiente y generosa que no se merecía ese final bajo manos carroñeras, como no se lo merecían el resto de mujeres y hombres que vimos con horror en los campos de exterminio que nos mostró el Archivo César. Se merecían, os merecáis, un país a la altura de vuestra dignidad, de la dignidad de los pueblos que cuando descubren que pueden respirar ya no pueden soportar vivir sin llenarse los pulmones ni un solo día más. May, no olvidamos lo último que nos dijiste:

No perderé la esperanza, os pido que no la perdáis nunca.
Nuestro país se llama la Gran Siria, no la Siria de Asad.

Fadwa, te hicimos un homenaje con Cris en Barcelona, donde reímos, lloramos, soñamos y leímos tus poemas. No (te) olvidamos.

Aunque lo borren todo, no debemos dejar que borren nuestro sueño. Si queda una sola persona siria, estoy segura de que construirá la Siria que amamos. Siria no es un país, no es una entidad geográfica, es una idea. La revolución blanca de la mente y el alma, que perdurará en el espacio y en el tiempo.

Razan, no alcancé a pedirte que escribieses el prólogo a mi novela. Estabas tan ocupada, eras tan importante, te necesitaba tanta gente y, aunque quienes te conocieron dicen que eras la persona

más accesible, mi admiración te volvía inaccesible. Pero tu carta, “Quienes nos encargamos de certificar la muerte no lloramos”, ha terminado siendo el prólogo de mi novela igualmente. No quería otra voz que la tuya.

Seguimos necesitando tu voz, Razan. La del ser humano en letras mayúsculas que fuiste, la de la futura Ministra de Justicia con la que tantas y tantos fantaseamos para nuestra Siria en libertad. Para la Siria libre que, pese a todo, seguimos imaginando.



Letter to Razan, May, Fadwa

Some things have changed since you left, dear Razan, May, Fadwa. For a few months now the world has been facing a pandemic. It is a virus, and not war that is killing millions of people around the world, defying every geographic boundary.

Despite all of this, the wars continue. There were a few moments, at the start of the pandemic, when the aircrafts stopped bombing Idlib, but shortly after that they started again. Bombing, torture, starvation, exile, loss, ending any sign of what women like you represent has not ceased to be a priority. There are those who speak of peace to refer to this cemetery that our Syria has turned into.

The injustices in our Middle East have not ceased to grow, my dear women, not even in our beloved Syria. When the pandemic began to spread, the authorities—authorities, what an empty word, so absurd, there are so many words that serve in other contexts and in ours are an empty shell that we use out of habit, out of exhaustion, for lack of another word, so that the rest of the world can understand us. They even said that viruses could not enter Syria, that no virus would bear to face the glorious Syrian Arab Army. I can almost hear your scathing comments, May; losing myself in your clean aquamarine gaze defying propaganda, Razan; deny with you the Syrian way, Fadwa, with that slight arch of the eyebrows and click of the tongue.

Some time ago I wrote about you (and my friend Joey translated it), telling how important you were, that you are, that you will continue to be, because what you represent is more necessary than ever. I also spoke of Lama al-Basha, whom I did not know, another brave and generous woman who did not deserve that end at the hands of scavengers, just as the rest of the women and men we saw with horror in the extermination camps shown to us in the Caesar Archive did not deserve it. They deserved, you deserved, a country at the height of

your dignity, the dignity of the people who, when they discover that they can breathe, can no longer bear to live without filling their lungs for a single day more. May, we can't forget the last thing you said to us:

I will not lose hope, I ask you to never lose it. Our country is called The Great Syria, not Assad's Syria.

Fadwa, we paid homage to you with Cris in Barcelona, where we laughed, cried, dreamt, and read your poems. We have not forgotten (you).

Even if they erase everything, we will never let them erase our dream. If there is only one Syrian person left, I am sure that they would build the Syria we love. Syria is not a country, it is not a geographical entity, it is an idea. The white revolution of the mind and soul, that will transcend space and time

Razan, I didn't get to ask you to write the prologue to my novel. You were so busy, so important, so many people needed you, and although those who knew you said that you were the most easily accessible person, my admiration made you inaccessible. But your letter, "Those of us responsible for validating death do not cry", has ended up being the prologue to my novel as well. I didn't want any other voice than yours.

We still need your voice, Razan, the voice of a human being in capital letters, the next Minister of Justice with whom so many of us fantasize of our Syria freed. For a free Syria that, despite everything, we keep on imagining.



LEILA NACHAWATI REGO
Spanish-Syrian writer devoted
to social justice.

¿Quién duerme el sueño de las justas?

En una reciente conversación que tuve con la periodista mexicana Daniela Rea, nos cuestionábamos de qué forma la exigencia de justicia para los miles de feminicidios que suceden en México y América Latina o para familiares de personas desaparecidas que siguen buscándolas, podía terminar en un pez que se muerde la cola. ¿Cómo exigir que el propio agresor imparta justicia?

Hubo una época en la que nuestra concepción de justicia tenía que ver con el cumplimiento de derechos humanos, su exigencia y la búsqueda de su práctica nos hacía seguir porque teníamos la sensación de que había un camino trazado; pero conforme pasaban los años, no dimos cuenta que tampoco bastaba. No existe, hasta ahora, una sentencia favorable para las víctimas que haya reparado los daños o haya cimbrado los sistemas judiciales estatales. Sentencia no significa justicia. Justicia no es un papel o un par de funcionarios gubernamentales hablando en nombre del Estado si la mayoría de los casos de feminicidios, el noventa por ciento, se queda sin resolver y las personas desaparecidas no aparecen.

También coincidíamos en que la separación de los derechos humanos por jerarquía nos parecía una trampa. ¿De qué sirve preponderar los derechos civiles y políticos si actualmente hay millones de personas consideradas ilegales en los territorios en los que trabajan y construyen su vida? ¿Por qué, en estas circunstancias, el derecho al voto era más importante que el derecho a la vivienda o el acceso a la cultura? Los derechos humanos no eran para todas. La resolución de casos muchas veces no se basan en la verdad sino en la conveniencia de los Estados. No hay justicia. No hay justos que duerman por las noches, aunque



muchos duermen en sus laureles. La actual concepción de justicia, como lo explica Ruth Fierro, defensora

legal mexicana, es: muertas todas, cerrado el caso. Por ello, es que nosotras empezamos a hablar de crímenes de Estado, porque aunque los delitos sean cometidos por personas particulares, el Estado es omiso y por lo tanto cómplice. Y en el caso de que cuando dichas violaciones a los derechos de las personas son cometidas por agentes estatales o paraestatales, prefieren matar a las víctimas o sobrevivientes para no tener que rendir cuentas.

¿La rendición de cuentas podría detener a los peces que muerden su cola en la búsqueda de justicia? No estamos seguras, al menos ni yo ni Daniela. Pero sí consideramos que por el momento nos aferramos a esto. Cuando los agresores son obligados a responsabilizarse de nombrar sus hechos, de relatarlos, de mirar a los ojos a quienes exigen justicia, sí que se reparan —un poco, muy poco—, los daños.

No es hora de callar, ni de dejarlos callados como si no pasara nada. Que sean ellos los que se muerdan la lengua, que el estómago les duela al escuchar sus propias palabras. Que ellos sean los incómodos, que actúen para que la justicia no sea una palabra hueca. Que nosotras podamos dormir y ellos se hagan cargo de las pesadillas que han creado.

Who Dreams the Dreams of the Just?

In a recent conversation I had with the Mexican journalist Daniela Rea, we asked ourselves how the demands for justice for the thousands of femicides that take place in Mexico and Latin America or for the relatives of missing persons who continue to search for their loved ones, could end up in a vicious cycle. How do you demand the same aggressors issue their own justice?

There was a time when our understanding of justice had everything to do with the fulfillment of human rights and needs and the quest for its application kept us going, because we had this feeling that we were on the right path. But as the years went by, we realized that it wasn't enough either. Up till now, there has never been a favorable sentence for the victims who have recovered their damages or shaken the state judicial systems. A sentence does not mean justice. Justice is not a document or a couple of government officials speaking on behalf of the State if in the majority of the cases of femicides, 90% remain unsolved and the missing person never appears.

We also agreed that the separation of human rights by hierarchy seemed like a trap to us. What is the use of overriding civil and political rights if there are millions of people considered illegal in the territories where they work and build their lives? Why in these circumstances, was the right to vote more important than the right to housing or access to culture? Human rights were not for everyone. The resolution of cases, oftentimes, is not based on the truth but rather at the convenience of the States. There is no justice. There are no just men who sleep at night, although many rest on their laurels.

The current concept of justice as explained by Ruth Fierro, a Mexican legal defender, is: all dead, case closed. It is for this reason that we began talking about state crimes, because even though the crimes are committed by private citizens, the State is omissive and there-

fore complicit. And in the cases where these infringements of people's rights are committed by state or state-owned agents, they prefer to kill the victims or survivors so as to not be held accountable.

Accountability could end the vicious cycle that is the pursuit of justice. Of this we are not certain, at least not Daniela nor myself. But we should consider holding on to this idea for the moment. When the aggressors are forced to take responsibility for their actions, to relate them, to look into the eyes of the ones who demand justice, they do repair —just a little— the damages.

It is not time to shut up, or to let them be silent as if nothing is happening. Let them be the ones who bite their tongues, let their stomach churn when they hear their own words. Let them be the one who feel uncomfortable, let them act so that justice wouldn't be an empty word. May we women sleep and let them take care of the nightmares they have created.

BRENDA NAVARRO

Mexican writer, author of Casas vacías (2019).





Por no callar

No fue cuando era niña. Entonces no existían las cosas malas, ni la muerte ni la desdicha. Todo sucedía en el ambiente pueril del teatro inocente de la infancia. No fue entonces, sino mucho después cuando intuí que existían bambalinas secretas donde pasaban cosas. Ocurrían con el silencio cómplice de los escritores, los actores y el público más cercano; todos veían la violencia machista como un obra paralela, sin actuar y en silencio. Y eso en nuestras sociedades dichas limpias y perfectas, como supuestamente la mía. Y a callar.

Callar nunca ha sido lo mío así que me convertí en periodista y en mujer. Leí a Oriana Fallaci, recibí un par de guantazos de realidad; me levanté y me dije que era hora de conocer otras mujeres y a otras yo. Recorrí Argelia, Afganistán, viajé a la guerra de Georgia y atravesé Mali en mis primeros viajes. Y ahí estaban: mujeres heridas, mujeres rotas; calladas, mudas o muertas. Me sonreían, me contaban, me abrazaban. Me hablaban hasta sus fantasmas. No tenían identidad, nacionalidad ni piel que las diferenciase porque todas tenían una cosa en común: eran pura fuerza.

Entre guerreros, armas, disputas y mucha geopolítica, las mujeres en la guerra sufrían una violencia machista brutal y sistémica, inherente a sus sociedades. Tan malvada como impune. Recoger sus testimonios no solo me pareció terapéutico, sino imprescindible. Cada historia contada, cada testimonio escrito era un golpe a las cortinas de esas bambalinas secretas de las que hablaba. Porque décadas después de su descubrimiento, constaté de sobra que seguían existiendo impunemente. Pero a callar.

Estallaron las revoluciones árabes y con ellas el grito de libertad contagiaba la ilusión de apertura de las mujeres en el mundo

musulmán. Fui a Egipto, Túnez, Libia, Siria. Surgió el #metoo, hubo un discurso feminista real y mundial. Sentí esperanza e ilusión, sororidad, alegría en el corazón. Pero el tiempo me abofeteó de nuevo, porque poco sucedió más allá de sentirme una mujer enfadada más (*angrywomen*). Más tarde grabé en Irak, Venezuela, Colombia. Con más fuerza, la que aprendí de todas ellas.

Narrar sus historias me ha ayudado a crecer como persona. A saber lo que es la paciencia y la resiliencia de verdad. A conocer el tiempo de los silencios y a comprenderlos también. A mirar a la violencia de frente y saber qué hacer. A saber que la libertad de toda mujer está en su mente y en su corazón; y que la confianza y la autoestima es algo que todas nos tenemos que recordar todos los días de nuestras vidas. Que hay que vivir el día con la cabeza muy alta, mirando a los ojos al miedo. Sin callar.



For Not Being Silent

It wasn't when I was a little girl. Back then bad things didn't exist, nor did death and misfortune. Everything happened in the puerile environment of the harmless theater that was childhood. It wasn't then, but much later, when I sensed that there were secrets behind the scenes where things occur. They occurred with the complicit silence of the writers, the actors, and the front row audience. They all saw the sexist violence as a parallel play, without acting and in silence. And all this within our so called "clean and perfect" societies as is supposedly mine. And in silence.

Silence has never been my thing, so much so that I became a journalist and woman. I read Oriana Fallaci, got a few reality checks; got up and told myself that it was time to meet other women and other "mes". I travel throughout Algeria, Afghanistan, went to the Georgian war, and crossed Mali on my very first trips. And there they were: wounded women, broken women; silent, mute, or dead. They smiled at me, spoke to me, hugged me. They even talked to me about their ghosts. They had no identity, nationality, or skin tone to differentiate them because they all had one thing in common: they were pure strength.

Between warriors, weapons, disputes and a lot of geopolitics, women in war suffered brutal and systemic male-dominant violence, inherent to their societies. As wicked as it is unpunished. Collecting their testimonies not only seemed therapeutic to me, but vital. Each story told; each testimony written was a blow to the curtains of these behind the scenes secrets of which I

spoke. Because decades after their discovery, I understood perfectly well that they continue to exist unpunished. But you better shut up.

The Arab revolutions broke out and with them the cries of freedom infected the hopeful anticipation of an opening for women in the Muslim world. I went to Egypt, Tunisia, Libya, Syria. The #metoo had emerged, there were real international feminist discourse. I felt hope and eagerness, sisterhood, joy in my heart. But time gave me another reality check, because very little occurred beyond feeling like just another angry woman. Later I recorded in Iraq, Venezuela, and Colombia. With more strength, the strength I learned from all of these women.

Narrating their stories has helped me grow as a person. To learn true patience and resilience. To get to know about the time of suppression and to understand it too. To look violence dead in the eye and know exactly what to do. To know that the freedom of every woman is in her mind and in her heart; and that confidence and self-esteem is something that we all must remember every day of our lives. That you must live every day with your head held high, looking fear dead in the eyes. Without shutting up.

MAYTE CARRASCO
*Spanish reporter, documentalist
and writer.*



Contar para no enmudecer

“Estoy aquí y resisto, para contarlo, para que no les pase a otras”, me dijo en una ocasión Yamila Abbas, una de las mujeres presas en la cárcel iraquí de Abu Ghraib, donde recibió palizas y tortura psicológica por parte de soldados estadounidenses. Cuando fue puesta en libertad ella y su hija crearon, desde el exilio, una organización para ayudar y asesorar a otras mujeres iraquíes víctimas de maltrato por parte de instituciones oficiales, milicias o de sus propios maridos.

“Mi vida se rompió hace tiempo. Sigo porque la vida de otras dota de sentido a la mía”: sus palabras retumban a menudo en mi memoria, como faros con los que guiarme cuando en el ejercicio de mi oficio, el periodismo, me topo con dificultades.

Retengo en la retina la fuerza de tantas jóvenes egipcias tomando la calle para exigir derechos y libertades, resistiendo las palizas de las fuerzas de seguridad o sufriendo los llamados tests de virginidad, un eufemismo empleado por las autoridades para referirse a abusos sexuales, inspecciones vaginales realizadas sin su consentimiento como estigmatización y castigo. “Esas chicas no eran como su hija o la mía. Estaban acampadas en tiendas con los hombres en la plaza Tahrir”, dijo en directo en una entrevista con la CNN un general egipcio para justificar los abusos. “Quisieron darnos una lección, hacernos sentir que no tenemos dignidad”, denunció una de las víctimas, Salwa Hosseini.

Retengo en la memoria también a esa mujer iraquí que sostenía en brazos el cadáver de su hijita e intentaba recolocar su cuerpo despedazado por los efectos de un bombardeo en 2003. Cuántas madres huérfanas de hijas que siguen adelante, sin tiempo para

duelos, porque tienen otras bocas que alimentar, otras vidas que sostener.

Recuerdo siempre también a esa refugiada afgana que, siendo aún una niña, soñaba con conocer mundo y estudiar medicina. Doce años después la encontré

—más bien ella me encontró a mí, porque yo no la reconocí— en la frontera entre Serbia y Hungría, ruta habitual de personas refugiadas que huyen de guerras y pobreza en busca de un futuro. Fatima, así se llama, ya era mayor de edad, había cruzado seis fronteras y un mar pensando en la posibilidad de estudiar, de vivir, de disfrutar.

Las mujeres sostienen el mundo tejiendo comunidad y redes sociales cuando todo se desmorona en contextos de guerras, hambrunas o catástrofes naturales. Sus vidas son a menudo invisibilizadas, ignoradas, despreciadas. Nadie las narra si no se narran ellas mismas. Nadie las escucha si no se reivindican.

El periodismo me ha permitido ver cómo funciona este planeta, entender algunas de sus claves, observarlo desde la tramoya, como si viera el engranaje de un reloj por dentro. Ser testigo de crímenes de guerra, de maltratos, de discriminaciones y severos desprecios me ha empujado a contar. A contar como algo que da sentido a mi propia vida. Contar para denunciar, contar para intentar cambiarlo, contar para gritar, para no enmudecer, para no hacerme pequeña. Contar para reivindicarlas y, con ello, reivindicarnos a todas.



Tell so as Not to Be Muted

“I am here and I oppose, just to let you know, so that it does not happen to others,” Yamila Abbas, one of the women imprisoned in the Iraqi prison of Abu Ghraib, once told me, where she was beaten and psychologically tortured by American soldiers. When she was released, she and her daughter formed, within exile, an organization to help and advise other Iraqi women who are victims of abuse by official institutions, militias, or their own husbands.

“My life was torn a long time ago. I keep going because the lives of others give meaning to mine”. Her words often resound in my memory, like a lighthouse that guides me when I’m on the job, journalism, and I run into difficulties.

I keep in the back of my mind the strength of so many young Egyptian women taking to the streets to demand rights and freedoms, resisting beatings by the security forces or undergoing the so-called virginity tests, a euphemism used by the authorities to refer to sexual abuse, vaginal inspections carried out without their consent as stigmatization and punishment. “Those girls were not like your daughter or mine. They were camped out in tents with the men in Tahrir Square”, an Egyptian general said live in an interview with CNN to justify the abuses. “They wanted to teach us a lesson, make us feel as though we have no dignity”, reported one of the female victims, Salwa Hosseini

I also keep in my memory the Iraqi woman who held the corpse of her little daughter in her arms and tried to rebuild her body that was torn apart due to a bombing back in 2003. How many mothers who lost their daughters keep moving forward, without time for grief, because they have other mouths to feed, other lives to sustain. At the same time, I keep remembering this Afghan refugee who, while still a little girl, dreamed of traveling the world and studying medicine.

Twelve years later I found her—rather she found me, because I didn’t recognize her— on the border between Serbia and Hungary, a common route for refugees fleeing wars and poverty in search of a future. Fatima, her name, was already of age, had crossed six borders and a sea thinking about the possibility of studying, living, enjoying.

Women uphold the world by pulling together community and social networks when everything falls apart in the context of war, famine, or natural disasters. Their lives are often invisible, ignored, disregarded. No one tells their stories unless they do it themselves. Nobody listens to them if they do not defend themselves.

Journalism has allowed me to see how this planet works, to understand some of its codes, to observe it from the podium, as if I were seeing the cogs of a clock from the inside. Being a witness to war crimes, mistreatment, discrimination, and severe disregard has pushed me to tell it all. To tell these stories as though they give meaning to my own life. To tell these stories to denounce, to try to effect change, to yell, to not be silent, to not make myself small. To vindicate these women and along with it, to vindicate us all.

OLGA RODRÍGUEZ

Spanish journalist and writer, specialized in international news and human rights.



De aquellas lluvias, estos lodos



La primera vez que pisé Argelia fue en 1990. Encontré un país inmerso en un proceso de islamización de la sociedad con la complicidad de unos dirigentes a los que sólo les preocupaba mantener el poder económico. En 1984 se había introducido la Sharia en el Código de la Familia, lo que implicaba que las mujeres estaban obligadas de por vida a tener un tutor varón. En 1989 se fundó el FIS (Frente Islámico de Salvación) que proponía reemplazar el sistema democrático por la ley coránica. El FIS creó “comités de control de la moral” que tenían entre sus objetivos principales el control de las mujeres. En los años 90-91 se convocaron elecciones... Los hombres tenían derecho a votar por todas las mujeres de su familia, un grave déficit del principio democrático de “una persona, un voto” que a nadie parecía importar, ni siquiera a los analistas internacionales que consideraron que se habían celebrado “elecciones democráticas”. En enero de 1992 la cúpula militar lideró un golpe de Estado. Un año después, en 1993, se formó el Grupo Islámico Armado (GIA) con combatientes que se habían entrenado en la guerra de Afganistán luchando junto a los talibán contra los soviéticos (1978-1992), mujeres y niños fueron masacrados simplemente porque los consideraban propiedad de los hombres a los que se enfrentaban, muchas otras mujeres fueron secuestradas y utilizadas como esclavas sexuales por los grupos armados yihadistas.

Me impresionó la constatación de que los derechos de las mujeres no parecían relevantes para nadie, ni siquiera para quienes se decían garantes de la democracia y defensores de los Derechos Humanos. En Europa –Francia a la cabeza– se asociaba al FIS

y otros movimientos similares a la práctica de lo que denominaron “islamismo moderado”, sin considerar que la “moderación” era nula en el respeto a los derechos de las mujeres. Agresiones a mujeres por vivir solas, ataques con ácido a quienes reivindicaban su libertad o simplemente al derecho a elegir su vestimenta eran consideradas “anécdotas” y se invisibilizaban para justificar la defensa de movimientos fundamentalistas que ya en ese periodo era muy difícil sino imposible justificar. La perspectiva del tiempo y la evolución de estos movimientos lo ha corroborado: de aquellas lluvias estos lodos. Afganistán y Argelia daban pistas de un conflicto que lejos de atenuarse se ha extendido, de manera institucionalizada en Turquía, Arabia Saudí, Irán o con grupos deslocalizados como Al Qaida o el autodenominado Estado Islámico.

La experiencia en Argelia me ayudó a abrir los ojos: el respeto a los derechos de las mujeres es un indicador imprescindible en el análisis de la evolución de un país y olvidarlo significa obtener resultados sesgados. Imposible por tanto hacer un periodismo de calidad olvidando a las mujeres.

La primera resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que reconoce la violencia sexual como arma de guerra, la Resolución 1820, fue adoptada ¡en 2008!, 32 años después de la convocatoria en 1976 del Tribunal Internacional de Crímenes Contra las Mujeres en Bruselas, con la participación de dos mil mujeres de cuarenta países. El movimiento feminista ha sido vanguardia para avanzar. Las periodistas feministas han contribuido especialmente en documentar los hechos, punto de partida para re-

clamar responsabilidades legales. Con los años hemos logrado que los derechos de las mujeres estén en la agenda de la lucha en defensa de los derechos humanos, pero sigue siendo impres-

cindible el activismo en las redacciones para que no se olvide. Ahora tenemos leyes, pero la denuncia es clave para luchar contra la impunidad.



From Those Rains These Muds

The first time I set foot in Algeria was back in 1990. I found a nation whose society was subjected to Islamization whilst some of its leaders, whose only concern was maintaining economic power, stood by complicity. In 1984, Sharia law was introduced into the Family Code, which meant that women were compelled to have a male guardian for life. In 1989 the ISF (Islamic Salvation Front) was founded, which proposed to replace the democratic system with Koranic law. The ISF created “morale control committees” which had within its main objectives, the control of women. In the years 1990-1991, elections were called ... men had the right to vote for all the women in their families, a serious shortcoming of the democratic principle of “one person one vote” that no one seemed to care about, not even international analysts who considered them to be “democratic elections”. In January 1992, the military leaders led a coup. A year later, in 1993, the Armed Islamic Group (AIG) was formed consisting of soldiers who were trained for the war in Afghanistan fighting alongside the Taliban against the Soviets (1978-1992), women and children were massacred simply because they considered them to be the property of the men they were fighting against, many other women were kidnapped and used as sex slaves by armed jihadist groups. I was astounded by the fact that women’s rights did not seem relevant to anyone, not even to those who claimed to be supporters of democracy and defenders of Human Rights. In Europe—with France at the head—they associated the ISF and other similar movements with the practice of what they called “moderate Islam” without considering that the “moderation” was null and void with respect to women’s rights. Attacks on women for living alone, acid attacks on those who

proclaimed their freedom or simply the right to choose their own clothing were considered “anecdotes” and were made invisible to validate the defense of fundamentalist movements that already in that period were very difficult if not impossible to justify. The passing of time and the evolution of these movements has confirmed it: the mud from the rains. Afghanistan and Algeria gave us hints of a conflict that was far from finishing and has spread, in an institutionalized way, in Turkey, Saudi Arabia, Iran or with decentralized groups such as Al Qaeda or the self-proclaimed Islamic State.

The experience in Algeria helped open my eyes: respect for women’s rights is an essential indicator in studying the evolution of a country and forgetting it would give us biased results. Thus, it is impossible to provide high quality journalism if we forget about the women.

The first UN Security Council resolution that recognized sexual violence as a weapon of war, Resolution 1820, was adopted in 2008! 32 years after the 1976 convening of the International Tribunal for Crimes against Women in Brussels which involved 2000 women from 40 countries. The feminist movement has been a vanguard to advance. Feminist journalists have made contributions, especially in the documentation the events, a starting point for the claiming of legal responsibilities.

Over the years, we have managed to give women’s rights a place on the agenda of the fight for the defense of human rights, but activism in the news studio continues to be essential so that it may not be forgotten. Now we have laws, but reporting is key to fighting impunity.

MONTSERRAT BOIX PIQUÉ
*Spanish journalist and activist,
with a degree in information sciences.*



Vecinas de la Luna



El café Jarat Al-Qamar es uno de esos lugares en los que sientes la ternura y la sutileza de quien ha puesto todo su amor en un proyecto durante mucho tiempo anhelado. Hasna es menuda y delicada. Juguetea con la taza de forma elegante mientras, en un árabe casi susurrado, me habla de su pasión por la música. La belleza para serlo, como sucede con la bondad o la firmeza, se revela en el ejercicio cotidiano de los pequeños gestos. Su relato huele a café y suena a melodía de la diva libanesa Fayrouz, las dos grandes pasiones de esta joven de veintidós años que, en perfecta armonía, definen el alma de este local y alimentan la de sus visitantes. Siempre soñó y luchó por tener su propio establecimiento y servir el mejor café de la ciudad a ritmo de Fayrouz, lo llamaría “La vecina de la Luna” en su honor.

Suenan disparos en la calle y unos segundos después un puñado de gente se precipita al interior del Jarat Al-Qamar buscando cobijo. Es abril de 2018, estamos en Adén y el café de Hasna es una osadía, casi una revolución y un oasis en medio de la guerra que asola Yemen.

Mi memoria está llena de historias de sobrevivencia y lucha protagonizadas por mujeres que han tenido la generosidad y la valentía de dejarme entrar en sus vidas, en no pocas ocasiones sacudidas por las violencias. Vidas que en muchos casos han servido de campo de batalla en guerras de otros. Pero todas estas mujeres reniegan del papel de víctimas que sus verdugos les habían reservado y son ejemplo e inspiración para muchas otras.

Su anónima dignidad las rescata de un dolor hondo que, aunque las acompañará siempre, no las definirá. Cada uno de sus rotundos pasos, de sus miradas y relatos de vida, aseguran el camino para todas nosotras. Ellas hacen más nuestro este mundo que habitamos y que construimos en su mitad.

Pero ¿dónde quedan aquellas que nunca pudieron contar, alzar su voz o las que por hacerlo fueron silenciadas? El perverso y opresivo silencio que mantiene sus relatos en la oscuridad facilita que la historia la sigan contando los hombres, perpetuándose así las desigualdades y la distorsión de una crónica que nos llega a medias.

Pensar en esas ausencias me conduce a la mirada de aquella jovencísima chica que conocí en 2015, en un hospital del norte de Nigeria donde se recuperaba de sus heridas tras ser rescatada de manos de Boko Haram. Estaba tumbada en la cama con su hijo en el regazo, en silencio. Nadie en el hospital hablaba su lengua. Pasé todo el día en aquella gran sala repleta de mujeres y niños escuchando sus relatos. Narraban con serenidad la violencia sufrida y el miedo al estigma que ahora pesaba sobre ellas y sobre sus hijos. Todas me contaron lo que habían vivido. Todas menos aquella joven con la que no podía comunicarme. Con un gesto le pregunté si podía fotografiarla. Asintió y miró a cámara. En esa mirada, que intentaba sortear la barrera del lenguaje, estaba el relato de lo que había vivido y de lo que le quedaba por enfrentar. Una mirada que, sin embargo, me dejó un pozo de tristeza, frustración y conciencia. Sus palabras eran necesarias para que yo pudiera contar lo que estaba ocurriendo y su relato imprescindible para vencer el silencio que el gobierno nigeriano había mantenido durante años sobre los secuestros de mujeres por parte de Boko Haram.

Romper el silencio impuesto y premeditado, o aquel que se alimenta de la espiral del olvido o la ignorancia, es un deber para quienes nos dedicamos a esta profesión. Es imposible cumplir ese deber si obviamos que el mundo no se puede contar sin el análisis, la opinión y las vivencias de su mitad, de las mujeres.

No necesitamos voz, pues la tenemos por derecho propio, necesitamos que se tenga en cuenta.

The Moon's Neighbours

The Jarat Al-Qamar café is one of those places where you feel the tenderness and subtlety of someone who has put all their love into a project that they dreamt of for a long time. Hasna is petite and delicate. She plays with the cup elegantly while, in an almost whispered tone in Arabic, telling me about her passion for music. The beauty it requires, as well as the softness or strength, is revealed in the small everyday gestures. Her story smells of coffee and sounds like the melody of the Lebanese diva Fayrouz, the two great passions of this 22-year-old girl which, in perfect harmony, define the soul of this place and feed the souls of its visitors. She always dreamed and fought to have her own establishment and to serve the best coffee in the city to the rhythm of Fayrouz, she would call it "The Moon's Neighbor" in her honor.

The sound of gunshots are heard in the street and a few seconds later a handful of people rushed into the Jarat Al-Qamar looking for shelter. It's April 2018, we're in Aden, and Hasna's coffee shop is bold, almost revolutionary and an oasis in the middle of the war that devastates Yemen.

My mind is full of stories of survival and struggle, starring women who have had the generosity and courage to let me into their lives, often shaken by violence. Lives that in many cases have served as a battlefield in the wars of others. But all these women deny the role of being victims that their tormentors reserved for them and are a model and inspiration for many others.

Their anonymous status saves these women from a deep pain that, although it will always follow them, will never define them. Every emphatic step they take, their outlook and life stories, ensure the path for all of us. They make this world in which we live and build in more ours their middle.

But where were the voices or those who were silenced for raising it? The perverse and oppressive silence that keeps their stories in the

dark, making it easier for the story to continue to be told by men, thus perpetuating inequalities and the distortion of a chronicle that only meets us halfway.

Thinking about these absences has led me to the gaze of this extremely young girl I met back in 2015, in a hospital in northern Nigeria where she was recovering from her injuries after being rescued from the hands of the Boko Haram. She was lying quietly on her bed with her son on her lap. No one at the hospital spoke her language. I spent the whole day in that large room full of women and children listening to their stories. They spoke calmly of the violence they suffered and their fear of the stigma that was now weighing on them and their children. They all told me what they had experienced. All except that young woman with whom I could not communicate. With a gesture I asked if I could photograph her. She nodded and looked at the camera. In that gaze, which tried to overcome the language barrier, was the story of what she had lived and what she still has to face. A look that, nevertheless, left me with a trace of sadness, frustration, and awareness. Her words were necessary for me to be able to relate what was happening and her important tale to break the silence that the Nigerian government had maintained for years regarding the abductions of women by the Boko Haram.

Breaking the exacted and premeditated silence, or anything that feeds on the cycle of forgetfulness or ignorance, is the duty of those of us who dedicate ourselves to this profession. It is impossible to fulfill this duty if we ignore that the world cannot be addressed without analysis, opinion, and experiences from their side, the side of women.

We don't need a voice, we already have our own, we just need it to be taken into account.

JUDITH PRAT
Spanish photojournalist.



Respirar juntas

—*Latifa se sube el velo, resopla, refunfuña: “No se puede hacer una prótesis con este trapo delante de los ojos” y me da un beso fugaz.*

—*Abrázame la mano! ¿Y en tu país se puede pasear?*

—*Yo nunca tuve el calor de un beso.*

—*¿Estamos en el Camino Viejo de San José? —Regina tiembla.*

—*¿Nadie te ha dicho dónde venimos ni qué vamos a hacer?*

—*No, nadie.*

—*Y la pequeña se me abraza y ya no me suelta.*

—*Carmen susurra: “Sigo enamorada de él”.*

Son trocitos de libreta. Cada viaje, cada reportaje tiene la suya. Están amontonadas por toda la casa. Ya no tengo dónde guardarlas ni sé muy bien cómo ponerlas en orden, pero no soy capaz de tirarlas. Una no se puede deshacer de lo que es. Es más, una tiene que saber quién es, y yo soy la mujer construida con todas esas voces, con tantas vidas complejas, difíciles; con cientos de miradas algunas de tristeza infinita, otras, como ventanas llenas de luz a las que asomarse.

El beso es como un pacto entre hermanas. Una cariñosa orden de la enfermera Nazifa: “Cuéntale a todo el mundo cómo sufrimos en Kabul”. Camila solo quería pasear más allá de los caminos de La Dimas, una colonia de ex guerrilleros de El Salvador. María Elena añoraba el cariño y me enseñó a desechar los atajos y espantar las flaquezas; a ignorar el agotamiento, a negar el cansancio. Ella sabía remendar penas y reírse a carcajadas. Sabía cocinar dificultades y limpiar tropiezos. Ella sabía perder, pero también sabía deletrear la palabra dignidad. Regina era huérfana. A su mamá la asesinaron en el Camino Viejo de San José, en

una barriada de Ciudad Juárez. Carmen estaba en una casa de acogida, con el cuerpo y el corazón roto, peleando por tomar las riendas de su vida.

Las guerras y su odio. La búsqueda de seguridad, de refugio frente a las atrocidades y sus infamias. El hambre, de comida y de abrigo. El olor a sangre, a cuerpos que se descomponen, a basura amontonada, el olor del miedo. El miedo a la muerte, a las heridas para las que no hay sutura, al desgarrar de la violación, a la inocencia destrozada, a la infancia robada. La mirada escondida en algún sitio oscuro. Las ilusiones que no se encuentran, los sueños transformados en fardos con los que no se puede cargar.

Como la enfermera Nazifa, las compañeras de Shakeela, las niñas del colegio del campo de refugiados de Jalozai, me hicieron un encargo: “Por favor, dígame a la gente que queremos que la escuela dure hasta el grado décimo. No nos queremos casar”. La escuela de niñas en el campo de refugiados sólo alcanza el grado sexto. Las que llegan hasta el final, con quince años, cambian las aulas por el matrimonio. Muchas familias, como la de Shakeela, las sacan del colegio con trece, en cuanto tienen la menstruación.

Las reporteras viajamos, no “por el placer de conocer lo que no debe ser conocido” —que decía el poeta—, sino por lo que no debe ser conocido si no quieres que te rompa el alma, diría yo. Viajamos, por la responsabilidad de recoger voces, de cumplir sus encargos, por el placer de conspirar, como llama el diccionario a respirar juntas. Viajamos, eso sí, con billete de vuelta, aunque haya personas y sitios de los que no se vuelve y aunque regreses a casa, ya nunca vuelves a ser la misma. Eres la mujer construida con tantas otras.



Breathe Together

—Latifa lifts her veil, snorts, and grumbles “you can’t make a transplant with this cloth in front of your eyes” and gives me a peck.

—Hold my hand! And in your country can we walk like this?

—I never had the warmth of a kiss.

—We’re in Camino Viejo, San José? Regina trembles.

—“No one told you where we’re from or what we’re gonna do?”

—No, no one.

—And the little girl hugs me and wouldn’t let go.

—Carmen whispers: I’m still in love with him.

They are pieces of a notebook. Each trip, each report has its own. They are piled up all over the house.

I no longer have a place to store them, nor can I put them in order, but I can’t just throw them away. You cannot get rid of who you are. You have to know who you are, and I am the woman constructed from all those voices, from such complex and difficult lives; with hundreds of faces, some of infinite sadness, others, like windows filled with light from which we appear.

The kiss is like a pact between sisters. A loving command from Nurse Nazifa: “Tell everyone how we suffered in Kabul”. Camilla just wanted to walk past the roads of Las Dimas, a colony of the former guerrilla soldiers from El Salvador. María Elena longed for affection and she taught me to bypass the

shortcuts and scare away weaknesses; to ignore exhaustion, to deny exhaustion. She knew how to mend sorrows and to laugh out loud. She knew how to cook difficulties and clean up stumbling blocks. She knew how to lose, but she also knew how to spell the word dignity.

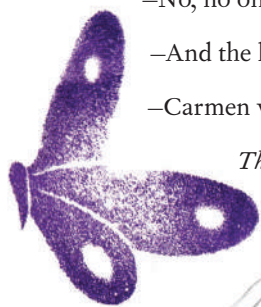
Wars and their hatred. The search for safety, for refuge in the face of atrocities and their infamies. Hunger, food, and shelter. The smell of blood, decomposing bodies and garbage piled up, the smell of fear. Fear of death by wounds for which there are no stitches, of the anguish of rape, of shattered innocence, of stolen childhood. The face, hidden somewhere dark. The excitement that cannot be found, the dreams transformed into a package that cannot be carried.

Like Nurse Nazifa, Shakeela’s classmates, the girls from the school within the Jalozai refugee camp, gave me a mission: “Please tell everyone that we want school to go on up to grade 10. We don’t want to get married”. The girls’ school in the refugee camp only reaches grade 6. Those who make it to the end, at the age of fifteen, exchange the classrooms for marriage. Many families, like Shakeela’s, are taken out of school when they are thirteen as soon as they experience their first menstruation.

As reporters we don’t travel “for the pleasure of knowing what should not be known” —as the poet said—, or at least what shouldn’t be known if you don’t want to break your soul, I would say. We travel, with the responsibility of collecting voices, of fulfilling their duties, for the pleasure of conspiring, as the dictionary calls it, to breathe together. We travel, of course, with a return ticket, although there are people and places from which you never really return and even when you’re home, you’ll never be the same again. You are, the woman built by so many others.

NURIA VARELA

Spanish writer and professor, expert in feminism and gender violence.



Cada día vencemos la muerte



Siempre siento que el periodismo me salvó las ganas de existir, me agarró de la mano y me acompaña por un camino lleno de gratitud, pero también de altibajos emocionales. Me hace latir el corazón, como si se me fuera a salir en estampida al descubrir secretos de interés público. En mis primeros años de carrera, la rutina de producción periodística me elevó a la sublime sensación de lograr las primeras planas de periódicos para influir en pequeñas decisiones de la administración pública —como la destitución de funcionarios corruptos— y el espectáculo mediático me hizo creer que desde ahí podría cambiar la podredumbre estructural de mi país. No descubrí que era un espejismo hasta estrellarme con el muro de la censura construido con intereses del monopolio cruzado y del mercado de la información callada a conveniencia.

Ese despertar me sumergió varios años en un acantilado de frustraciones, con cúspides pedregosas por escalar para encontrar en la cima la esperanza de que este oficio sí puede salvar a la sociedad y que hay que distinguir entre la forma de producir periodismo y el periodismo que puede y debe hacerse. Ese sueño ha sido el motor para trabajar el duelo que dejan diversas formas de censura que se transforma en recuerdos de voces con distintos matices que aparecen en las noches de insomnio, llenas de subjuntivos y de imperativos o de insultos como “es que esa compañera tuya tiene la cabeza en las nalgas”.

Hay que aprender a tener fuerza para borrar las veces que te dijeron cómo preguntar, pensar, caminar o estar para no parecer loca y convencerlos de que sí vas a poder, pese a “tu color de piel”, “tu aspecto”, “tu ropa”, “que es tu culpa”, “tu peso”, “el color de

tu pelo que ocupa tinte mensual” o “que ellos pueden más cosas de las que vos no podes ni podrás”. Hay que aprender a olvidar la forma en que te miran o te acosan por ser mujer, sonreír y sobreponerse al miedo a decir no y al miedo de perder tu trabajo al tiempo que haces dieta en pelea con tu cuerpo.

Pero si decidís dejar atrás todos esos roles y rebelarte: también hay que sobrevivir a casualidades pequeñas como accidentes o fallas repentinas en tu vehículo o instantes mítico-mágicos como cuando una persona desconocida se te acerca para advertirte que una visión le reveló que tenés un problema en el colón por el estrés de tu carrera y te parece que es una adivina. Entonces te dice que quiere orar por vos porque Dios le señaló que tu vida corre riesgo, que hay hombres que te acechan y te persiguen.

En ese momento regresa ese escalofrío en la espalda, la paranoia de sentirse vigilada, perseguida, pero también vuelven más fuertes las ganas de tener persistencia para oponerse a entrar al mercado de vender y comprar las verdades que te quieren dictar y todo eso, al mismo tiempo que asesinan a periodistas y fuentes de información a tu alrededor.

Con los años, el dolor y el miedo sistemático se te van metiendo cada día en el cuerpo y esa misma naturaleza de malestares cotidianos te dan la fuerza para desafiar el silencio y las ganas de rescatar este oficio al que la “criminalidad dorada” lo ha sometido porque la tergiversación de la verdad es tan culpable como un político corrupto del hospital pestilente con cucarachas a simple vista en cuyos pasillos se reflejan la miseria y las lágrimas silenciadas de un pueblo que sufre.

Every Day We Overcome Death

I always feel like journalism saved my love for life, it took my hand, and it walks besides me on a path filled of gratitude, but also emotional ups and downs. It makes my heart beats fast, as if a stampede would chase me upon discovering secrets of public interest.

In the first years of my career, the routine of journalistic production presented me to the sublime sensation of making the front pages of newspapers, influencing small decisions within the public office—such as the removal of corrupt officials—and the media spectacle made me believe that from there I could change the structural rottenness of my country.

I did not find out that it was a mirage until I hit the wall of censorship built seeking the interests of the crossed monopoly and silencing the information market at their convenience.

That awakening plunged me into a cliff of frustrations for several years, whose rocky heights I had to climb to get to the top of, with the hope that this profession can save society and that we must discern between the way journalism is produced and the journalism that can and must be done. That dream has been the drive for working through the grief left by various forms of censorship that have transformed into memories of voices of different nuances that appear on sleepless nights, full of subjunctives and imperatives or insults such as “that friend of yours has her head up her butt”.

You have to learn to have the strength to erase the moments when they told you how to ask questions, how to think and how to walk or how to not appear crazy and to convince them that you are going to be able to, in spite of “your skin color, “your appearance”, “your clothes”, “what is your fault”, “your weight”, “the color of your hair that you dye every month” or “that they can do more than you can and will never be able to do”.

You have to learn to forget the way they look at you or harass you for being a woman, smile and overcome the fear of saying no and the fear of losing your job whilst at the same time dieting in a constant fight with your body.

But if you decide to leave all those roles behind and rebel: You also have to survive small casualties such as accidents or sudden failures in your vehicle or paranormal moments such as when an unknown person approaches you to warn you that they saw in a vision that you have a problem in your colon due to the stress of your career and you think she is a fortune teller. Then she tells you that she wants to pray for you because God told her that your life is at risk that there are men who stalk and pursue you.

At that moment the goosebumps on your back start coming back, the paranoia of feeling watched, persecuted, but you also feel the desire to hold steady in the opposition of becoming part of the black market of selling and buying the truths that they want to dictate and all that, whilst at the same time journalists and information sources are being murdered around you.

Over the years, the pain and systematic fear creep into your body every single day and this same feeling of daily discomfort gives you the strength to break the silence and the desire to save this job from the “golden criminals” who have subdued it, as the misrepresentation of the truth is just as bad as a corrupt politician in a rancid hospital with cockroaches in plain sight, whose corridors reflect the misery and suppressed tears of a suffering people.

WENDY FUNES
Honduran journalist.



Una pasión que requiere sacrificios

Si al hecho de ser periodista de investigación le sumamos el de mujer y madre, la fórmula toma un matiz diferente, que se debate entre estirar el tiempo en obligaciones hogareñas y el compromiso ineludible de estar atentas a las historias que vamos descubriendo. El periodismo, ese que forma parte de mi ADN desde que descubrí que podía aportar a mi país hilvanando notas que sirvieran de ojo analítico, implica en esta nueva etapa de mi vida, en la que empiezo a transitar por los vericuetos de la maternidad, un reto mayor.

Las historias complejas y de largo aliento requieren de muchas horas extras, de días sin fin, esos que la mayoría de los mortales dedican a sus familias, pero que en mi caso debo dedicarlos a leer documentos, analizar bases de datos, verificar tendencias, tomar apuntes para seguir los acontecimientos, conversaciones con fuentes, entrevistas.

El afán del rigor por una historia implica muchas horas sentada tras un escritorio, verificando cédulas, nombres, sociedades, vínculos para seguir al poder y luego otro tiempo en giras, viajes para trabajar en reportajes y al mismo tiempo alternar la maternidad, porque no puedo poner a mi bebé en pausa. Por más apoyo familiar que tenga, el cordón umbilical con mi pequeño sigue allí, latente.

Escribir una historia mientras mi niño bebe de la simiente pegado a mi pecho es idílico, es tan gratificante o más que una primera plana que cuenta los pormenores de una investigación que despierta conciencias y que por su contenido, que se adentra en páginas interiores y tiene eco en otros medios, es premiada.

Para fluir en el periodismo procuro tener bancos de leche con dosis extra —obtenidas en el silencio de las madrugadas— lo que me permite poder desplazarme a áreas alejadas de la ciudad capital para perseguir las huellas con las que ato los cabos sueltos de las historias.

Ahora, viviendo en pandemia y con un confinamiento de siete meses, el más largo de la región, se dificulta tener en casa a una niñera que me colabore, puesto que esto implicaría un riesgo sanitario, amén de que los centros parvularios están cerrados.

Sin embargo, el tener el privilegio de poder contar las historias que hacen contrapeso a los poderosos y que la ciudadanía necesita saber vale la pena, como también lo vale esa capacidad un tanto mística que he descubierto para poder darle vueltas al reloj, configurarlo con horarios extraños de concentración periodística plena, mientras mi pequeño duerme.

A él le dejo como herencia este esfuerzo de seguir haciendo un periodismo vertical que no admite dobleces, que no se vende, cuya bandera es la ética, a pesar de los dardos que muchas veces por ser mujer lanzan quienes se sienten ofendidos por haberles levantado las cobijas de la impunidad en las que siempre se han escondido.

En una región en donde al machismo le enturbia la vista el hecho de que existan valientes mujeres periodistas, el reto es cada vez mayor, ya que hay que ser doblemente corajuda para enfrentar los embates de quienes se intoxican en las miasmas de sus complejos.



A Passion That Requires Sacrifice

If apart from being an investigative journalist we add being a woman and a mother, the formula takes on a different turn, which is torn between maximizing time on home obligations and the inescapable commitment to be attentive to the stories that we are discovering.

Journalism, that which has been part of my DNA since I discovered that I could contribute to my country by putting together reports that would serve as an analytical eye, implies in this new stage of my life in which I begin to travel through the intricacies of motherhood, a bigger challenge.

Complex and long-term stories require many extra hours and endless days, those of which most mortals dedicate to their families, but in my case I must dedicate them to reading documents, analyzing databases, checking trends, taking notes to follow events, conversations with sources and interviews.

The desire for a story to be told with rigour requires a lot hours sitting behind a desk, verifying ID cards, names, companies, links to follow those in power and other times being on tours, trips to work on reports and at the same time alternating with motherhood, because I cannot put my baby on hold. No matter how much support I have from my family, the umbilical cord still there, latent.

Writing a story while my child drinks from the seed attached to my chest is idyllic, it is as gratifying or even more satisfying than a front page article detailing an investigation that awakens your consciousness and that, due to its content, goes on onto the inner pages and has an echo in the other media sources, it is awarded.

To flow in journalism, I try to have milk banks with extra doses – obtained in the wee hours of the mornings– which allows me to be able to travel to remote areas of the capital city to follow the tracks, which I use to tie up the loose ends of the stories I write.

Nowadays, living in a pandemic and with a seven-month confinement, the longest in the region, it is difficult to have a babysitter at home, since this would imply a health risk, in addition the nursery centers being closed.

However, having the privilege to tell the stories that counteract the powerful and that citizens should know is worth it, as is that mystical ability that I have discovered to be able to go around the clock, setting it with weird schedules with full journalistic concentration, while my baby sleeps.

I leave as a legacy to him this dedication to continue doing vertical journalism that is not two faced, that is not for sale, whose flag is ethics, despite the snide remarks and comments thrown at you, merely due of the fact that you are a woman, by those who are offended by the lifting of the veil of impunity under which they have always hidden.

In a region where sexism hides the fact that there are brave female journalists, the threat is increasing, as now you have to be twice as courageous to face the attacks of those who are intoxicated in the vapour of their complexities.

MARY TRINY ZEA

Panamanian journalist, member of the Investigative Unit of La Prensa de Panamá.



La realidad detrás de la postal



Era la víspera del Día de la Madre cuando entrevisté al hijo de María de Lourdes dos Santos, una campesina de la zona rural de Pernambuco, en el noreste de Brasil, asesinada por su expareja, que no aceptó el fin de la relación. En medio de un llanto contenido, el joven de dieciocho años pedía justicia y, sobre todo, que se contara con respeto la muerte de su madre. No solo por la perspectiva sexista del agresor en su testimonio a la policía.

A punto de dar a luz a su segundo hijo, en la abarrotada sala de espera de la maternidad pública más grande de Recife, Silvia Rocha, de veintidós años, respiraba hondo para tratar de soportar el dolor. Al paso que el tiempo entre las contracciones se reducía, rogaba por la humanización de la salud. “No es porque seamos pobres que debemos ser tratadas como animales”.

Residente en la comunidad de Salinas, a pocos metros de la principal villa turística de Pernambuco, la asistente de cocina Daniele da Silva, de diecinueve años, denunciaba la falta de infraestructura básica para los habitantes del lugar. Mientras las playas y los hoteles de lujo de Porto do Galhinas sirven de telón de fondo para las fotos de los sonrientes visitantes en las redes sociales, detrás de la famosa postal, la población vive prácticamente dentro del manglar, con el alcantarillado abierto corriendo frente a la puerta. Sin opciones de entretenimiento, los niños y adolescentes improvisan juegos en el barro.

En Cuba fui guiada por una médica ortopédica. En nuestro camino por las calles de La Habana, se desahogaba sobre la dureza del régimen, que la obliga a conducir un taxi para sobrevivir.

Esperaba en aquel año de 2014 la reelección de Dilma Rouseff en Brasil para intentar una oportunidad en el programa Más Médicos y quizás cambiar de vida.

En la comunidad de Santo Domingo Savio, en Medellín, fue el niño Juan José Torres, de ocho años, quien me tiró de la mano para mostrar la recién inaugurada Biblioteca España, en ese momento símbolo de esperanza y renovación en el barrio antes rehén de Pablo Escobar y del narcotráfico.

Al lado de Ntoza Talakumeni, en Robben Island, me emocionó escuchar las narrativas sobre represión, tortura y asesinatos de quien luchaba por derechos tan básicos como ir y venir en el apartheid de Sudáfrica. Ntoza había sido el preso número 58 en llegar a la isla en 1986, por las mismas razones que llevaron a Nelson Mandela a esa prisión veintidós años atrás. Incluso antes del líder que se convirtió en el primer presidente negro del país, formó parte del grupo pionero de detenidos liberados cuando se rompieron las cadenas del régimen segregacionista a principios de la década de 1990.

En el periodismo y en la vida siempre han sido las personas aparentemente comunes y corrientes las que me han parecido extraordinarias. Son las arrugas debajo del maquillaje, el zumbido detrás del concierto impecable, la realidad más allá de la ciudad escénica lo que me llama la atención. Con estos personajes reales aprendo más. Es con ellos y para ellos que refuerzo día a día mi compromiso con la que creo ser la función primera y esencial de un reportero: la de servidor público. Independientemente de las

precarias condiciones a las que cada vez más estamos sometidos, nuestra responsabilidad sigue siendo ser un puente entre las esferas del poder y la sociedad. Es a favor del interés público, en primera y última instancia, que trabajamos, incluso con el papel de “supervisor” de los gobiernos que tenemos. Información seria y textos bien redactados, dentro de los principios éticos que rigen la actividad periodística, son algunas de las herramientas con las que contamos. Dudar y cuestionar son los verbos imprescindibles a conjugar para cumplir esta misión, conscientes de que más importante que contar una historia, es contarla de la mejor manera, correspondiendo a la confianza que se nos deposita.

A realidade por trás do postal

Era véspera do Dia das Mães quando conversei com o filho de Maria de Lourdes dos Santos, uma agricultora da zona rural de Pernambuco, no Nordeste do Brasil, assassinada pelo ex-companheiro, que não aceitava o fim do relacionamento. Em meio a um choro contido, o rapaz de 18 anos pedia justiça e, sobretudo, que a morte da mãe fosse contada de forma respeitosa. Não apenas pela ótica machista do agressor, em seu depoimento à polícia.

Prestes a parir o segundo filho, na sala de espera lotada da maior maternidade pública do Recife, Silvia Rocha, 22 anos, respirava fundo para tentar suportar a dor. Ao passo que o tempo entre as contrações diminuía, clamava por humanização na saúde. “Não é porque somos pobres que precisamos ser tratadas como bicho.”

Moradora na comunidade de Salinas, a poucos metros da principal vila turística de Pernambuco, a ajudante de cozinha Daniele da Silva, 19 anos, denunciava a falta de infraestrutura básica para a população local. Enquanto as praias e hotéis de luxo de Porto de Galinhas servem de cenário para fotos sorridentes de visitantes em redes sociais, por trás do cartão-postal famoso, quem reside no lugar vive

praticamente dentro do mangue, com esgoto a céu aberto correndo na porta. Sem opções de lazer, crianças e adolescentes improvisam brincadeiras driblando a lama.

Em Cuba, tive como guia uma médica ortopedista. No trajeto pelas ruas de Havana, desabafava sobre a dureza do regime, que a obrigava a dirigir um táxi para sobreviver. naquele momento, torcia pela reeleição de Dilma Rousseff no Brasil para tentar uma oportunidade no programa Mais Médicos e, quem sabe, mudar de vida.

Na comunidade de Santo Domingo Savio, em Medellín, foi o menino Juan José Torres, de 8 anos, quem me puxou pela mão para mostrar a recém-inaugurada Biblioteca España, àquela época símbolo de esperança e renovação no bairro antes refém de Pablo Escobar e do narcotráfico.

Ao lado de Ntoza Talakumeni, em Robben Island, me emocionei ao escutar os relatos de repressão, tortura e assassinatos de quem lutava por direitos tão básicos quanto o de ir e vir na África do Sul do apartheid. Ntoza havia sido o 58º preso a chegar à ilha em 1986, pelas mesmas razões que levaram Nelson Mandela àquele cárcere. Antes mesmo do líder que se tornou o primeiro presidente negro do país, integrou o grupo pioneiro de detentos libertados quando as correntes do regime segregacionista foram quebradas, no início da década de 90.

No jornalismo e na vida sempre foram as pessoas aparentemente comuns que me pareceram extraordinárias. São as rugas por baixo da maquiagem, o burburinho por trás do concerto impecável, a realidade além da cidade cenográfica que me chamam mais atenção. É com esses personagens reais com quem mais aprendo. É com eles e por eles que reforço diariamente o meu compromisso com o que acredito ser a primeira e essencial função de um repórter: a de servidor público. Não importam as condições precárias a que cada vez mais somos submetidos, nossa responsabilidade permanece, a de ser ponte entre as esferas de poder e a sociedade. É a favor do interesse público, em primeira e última instância, que trabalhamos, inclusive com o papel fiscalizador de governos que nos cabe. Informações apuradas com seriedade e textos bem escritos, dentro dos princípios éticos que regem a atividade jornalística, estão entre as ferramentas de que dispomos.

Estranhar, duvidar e questionar são os verbos imprescindíveis a conjugar para cumprir essa missão, conscientes de que mais importante que contar primeiro uma história, é contá-la da melhor maneira, correspondendo à confiança que nos é depositada.

MONA LISA DOURADO
*Editora senior del Journal do Pernambuco,
Brasil*



Defender la libertad es defender la vida

No pasa un día sin que una de nosotras, una periodista, una activista de derechos humanos o una reportera ciudadana, sea amenazada, encarcelada o asesinada por hacer su trabajo: decirle la verdad al poder. Somos torturadas, tomadas como rehenes, desaparecidas, violadas, encarceladas y asesinadas, nuestras familias amenazadas.

La “nueva normalidad” en tantos países del mundo, especialmente aquellos en medio de la guerra y el conflicto, es apuntar a las voces solitarias de quienes buscan la verdad y silenciarlas, con impunidad. Solo porque “ellos” pueden. Porque está permitido. Porque los autores intelectuales nunca son castigados por sus propias filas y el sistema internacional de protección y justicia está roto, si es que alguna vez funcionó. Parece que no hay nada más peligroso que buscar y decir la verdad en nombre de aquellos cuyas voces nadie quiere escuchar.

Y, sin embargo, es asombroso que toda la fuerza y el poder de la comunidad internacional no sean capaces de detener los ataques contra periodistas y las atrocidades despreciables cometidas contra las pocas voces valientes que se niegan a ser silenciadas. ¿Cómo vivimos con nosotros mismos, si todos nosotros, los siete mil millones de habitantes de este planeta, no somos capaces de defender al menos una voz amenazada? ¿Si somos impotentes para proteger la vida de una sola reportera, o de una activista que está siendo castigada por exponer la verdad sobre quienes tienen el poder de decidir quién vive y quién muere?

En los últimos treinta años, he viajado a muchos lugares afectados por los conflictos armados más mortíferos, desde Bos-

nia y Kosovo hasta Chechenia, Colombia y el este de Ucrania, a campos de refugiados en países devastados por la guerra, a prisiones y comisarías, a lugares donde ha habido masacres y fosas comunes, a las tumbas de mis propios amigos, periodistas y activistas asesinados para silenciar sus voces y su trabajo. Yo misma fui detenida, interrogada, amenazada, emboscada por hombres armados, se ordenó que me secuestraran y me bombardearan mientras trabajaba en zonas de conflicto. Y a menudo me preguntaba, ¿vale la pena la angustia constante, el miedo, las noches de insomnio, el correr por tu vida y la constante mirada por encima del hombro para exponer el sufrimiento de la guerra?

Siempre recuerdo, en esos momentos, la razón por la que me convertí en periodista, el sueño que se formó en la Bulgaria comunista de mediados de los ochenta, sofocada por la censura bajo el régimen totalitario. La razón era tratar de “corregir los errores” (¿o “escribir los errores”?) a través de mis informes, para ayudar a aquellos que no tenían otro lugar al cuál llevar sus penas, que no tenían miedo de contar sus historias de injusticia.

Quería ser esa persona que dice la verdad, sin importar los riesgos. Y obtener al menos algo de justicia simplemente dando testimonio. A menudo recuerdo las palabras de mi querida amiga, la periodista colombiana Jineth Bedoya Lima, una de las personas más valientes que he conocido: “Lo que me llena de angustia no es la idea de que un día logren disparar el arma o elegir otra forma de silenciarme. Lo que realmente me asusta es la posibilidad de que la verdad nunca salga a la luz, que los poderosos

no queden desenmascarados, que los violentos queden impunes por la falta de memoria de la sociedad”.

Es por eso que pasé de ser una periodista que informaba los hechos a ser una defensora que investigaba atrocidades, exigía justicia y luchaba por los derechos humanos. Lo que se volvió cada vez más importante para mí no fue solo contar la historia, sino también hacer algo al respecto.

Anna Politkovskaya y Natalia Estemirova, reporteras a quienes también conocí a través de mi trabajo de derechos humanos durante la primera guerra en Chechenia, practicaron algo que yo llamo “periodismo de derechos humanos”: contar la historia y a la vez apoyar a los participantes en la historia en la recuperación de su dignidad y en la búsqueda de que se haga justicia.



En la guerra, mientras los hombres pelean, se esconden o mueren, las mujeres son el blanco más fácil del odio, la violencia y la rabia del enemigo. Las mujeres están ahí, presentes, abriendo sus puertas por la noche, dando testimonio y reparando los extremos rotos de la comunidad. Son las pacifistas, las periodistas, las madres de los desaparecidos, las maestras, las enfermeras, las abogadas, las cantantes, las narradoras. Sus cuerpos violados se convierten simplemente en un mensaje en una botella, una herramienta para romper el espíritu de sus hombres, un recipiente para llevar al futuro a los niños nacidos de sus violaciones. Al reunirme y entrevistar a dos docenas de mujeres chechenas, violadas en grupo por soldados rusos durante la segunda guerra de Chechenia, vi cuán crudo era el dolor de ser brutalizadas a manos de soldados enemigos, cuán desesperado era el sentimiento de vergüenza y desesperación. Al mismo tiempo, me asombró la voluntad de las mujeres de sobrevivir, de sacar la pura verdad, de contar la historia. Me asombró ser testigo de la inimaginable valentía de mi amiga, la periodista rusa Anna Politkovskaya, que seguía yendo a Chechenia para informar sobre los horrores de la guerra, a pesar de las detenciones, el envenenamiento, los simulacros de ejecución, cuyo objetivo era silenciar su voz, impedirle decir la verdad sobre los campos de exterminio.

Ese asombro me llevó, en 2006, a establecer una organización para ayudar a proteger, defender y amplificar las voces de las mujeres en la guerra, llamada Reach All Women in War o RAW IN WAR. Ese mismo año, el 7 de octubre, el día del cumpleaños del presidente ruso Vladimir Putin, Anna fue asesinada en el pasillo de su bloque de apartamentos en Moscú.

Un año después del asesinato de Anna, establecí un premio a su nombre: el Premio Anna Politkovskaya, que cada año otorga RAW IN WAR el 7 de octubre. Se le presenta a una periodista o defensora de derechos humanos de una zona de conflicto que, como Anna, defiende a las víctimas, a menudo a gran riesgo personal. Natalia Estemirova, la primera ganadora del premio, en 2007, trabajó para la organización rusa de derechos humanos

Memorial y a menudo trabajó con Anna investigando historias periodísticas de Chechenia. Menos de dos años después, el 15 de julio de 2009, fue secuestrada frente a su casa y asesinada. Nadie ha sido acusado por ese crimen.

En los catorce años transcurridos desde el asesinato de Anna he conocido a un grupo de mujeres extraordinarias honradas con el premio Anna Politkovskaya. Su valentía para seguir adelante y exponer las brutalidades contra los civiles en la guerra mientras enfrentan cualquier cosa, desde el encarcelamiento y la violencia sexual hasta el asesinato, es impresionante.

La escritora bielorrusa y ganadora del Premio Nobel Svetlana Alexievich ha recibido numerosas amenazas de muerte, se enfrentó a una investigación criminal por una acusación de intentar derrocar al gobierno y escapó por poco al arresto de las fuerzas de seguridad en Minsk en septiembre, por exponer la violencia estatal, la tortura y asesinato de manifestantes pacíficos en Bielorrusia. La corresponsal de Sky News Special, Alex Crawford, apenas escapó de un aterrador ataque el año pasado en Idlib, Siria, cuando drones, aviones y balas del régimen ruso y sirio apuntaron a su equipo e intentaron matarlos. La corresponsal de guerra del *Sunday Times* Marie Colvin fue atacada por las fuerzas del gobierno sirio y asesinada en febrero de 2012, mientras informaba sobre el devastador sufrimiento de los civiles en la ciudad sitiada de Homs.

Y la historia parece repetirse interminablemente, desde Chechenia hasta Colombia, desde Siria hasta Rusia. Los periodistas, los defensores, los denunciantes son amenazados, encarcelados y asesinados, silenciando la libertad de expresión. Y me pregunto constantemente, ¿cómo podemos proteger a quienes aún se atreven a hablar frente al peligro? Si nuestro derecho básico a saber y a expresar libremente nuestros puntos de vista se quita, amenaza los fundamentos de nuestra existencia. Como escribió el poeta alemán Heinrich Heine en 1823: “Donde queman libros, al final también quemarán seres humanos”. Si eso es cierto, como creo que lo es, entonces defender las libertades y la segu-

ridad de los periodistas y defensores es tan importante como defender la vida misma. Nuestra propia supervivencia depende de ello.

To Defend Freedom Is to Defend Life

Not a day goes by without one of us —a woman journalist or a human rights activist or a citizen journalist— being threatened, imprisoned or killed for doing her work: speaking truth to power. We are tortured, taken hostage, disappeared, raped, imprisoned and killed, our families threatened. The “new normal” in so many countries around the world, especially those in the midst of war and conflict, is to target the lone voices of the truth-seekers and silence them, with impunity. Just because “they” can. Because it is allowed. Because the masterminds never get punished by their own ranks and the international system of protection and justice is broken, if it really ever worked at all. Seems like there is nothing more dangerous than seeking and telling the truth on behalf of those whose voices nobody wants to hear.

And yet, it is astonishing that all the might and power of the international community is not capable of stopping the targeting of journalists and the despicable atrocities committed against the few brave voices refusing to be silenced. How do we live with ourselves, if all of us, the seven billion on this planet, are not able to stand up for at least one threatened voice? If we are powerless to protect the life of just one woman reporter, or an activist who is being punished for exposing the truth about the ones with the power to decide who lives and who dies?



In the past 30 years, I have travelled to many places ravaged by the deadliest armed conflicts —from Bosnia and Kosovo to Chechnya, Colombia and Eastern Ukraine— to refugee camps in war-torn countries, to prisons and police stations, to the sights of massacres and mass graves, to the graves of my own friends, journalists and activists who were killed to silence their voices and their work. I was myself detained, interrogated, threatened, ambushed by gunmen, ordered to be kidnapped and shelled upon, while working in conflict zones. And I often wondered, is it worth exposing the suffering of war, at the expense of the constant anguish, the fear, the sleepless nights, the running for your life and the constant looking over your shoulder? And then I remind myself of the very reason I became a journalist in the first place: my dream to become a jour-

nalist was formed way back in Communist Bulgaria of the mid-80s, stifled by censorship under totalitarian rule. The reason was to try and “right the wrongs” (or “write the wrongs”?) through my reporting, to help those who had nowhere else to bring their sorrows, who were not afraid to tell their story of injustice.

I wanted to be that person who tells the truth, no matter the risks. And get at least some justice done by simply bearing witness. I often remember the words of my dear friend, Colombian journalist, Jineth Bedoya Lima, one of the bravest people I’ve ever met: “What fills me with anguish is not the thought that one day they may succeed in firing the gun or choose another way of silencing me. What really frightens me is the possibility of truth never coming out, the powerful remaining unmasked, the violent going unpunished because of society’s short memory.”

That is why I evolved from a newspaper journalist reporting the facts into an advocate investigating atrocities, demanding justice and human rights. What became increasingly important to me was

not just telling the story, but also doing something about it. Anna Politkovskaya and Natalia Estemirova, reporters whom I also met through my human rights work during the first war in Chechnya, practiced something that I call “human rights journalism” —a mixture of telling the story and supporting the participants in the story to regain their dignity and allow justice to be done.

In war, while the men are fighting or hiding or dead, women are the easiest target for the enemy soldier’s hatred, violence and rage. The women are there, present, opening their doors at night, bearing witness, and mending the broken ends of the community. They are the peace activists, the journalists, the mothers of the disappeared, the teachers, the nurses, the lawyers, the singers, the storytellers. Their raped bodies become merely a message in a bottle, a tool to break the spirit of their men, a vessel to carry into the future the children born of their rapes. Meeting and interviewing two dozen Chechen women, gang-raped by Russian soldiers during the second Chechen war, I saw how raw was the pain of being brutalized at the hands of enemy soldiers, how hopeless the feeling of shame and despair, how lonely. At the same time, I was astonished at the will of the women to survive, to bring out the raw truth, to tell the story. I was astonished to bear witness to the unimaginable bravery of my friend, Russian journalist Anna Politkovskaya, who kept going to Chechnya to report on the horrors of war, despite the detentions, the poisoning, the mock executions, which aimed to silence her telling the truth about the killing fields of Chechnya. So astonished that in 2006 I set up an organization to help protect, defend and amplify the voices of women in war, called Reach All Women in War, or RAW IN WAR. That same year, on 7th October, the birthday of Russian President Vladimir Putin, Anna was murdered in the hallway of her Moscow apartment block.

A year after Anna’s murder, I established an award in her name —the Anna Politkovskaya Award, given annually by RAW IN WAR on October 7, the day of Anna’s killing. It is presented to a female journalist or human rights defender from a conflict zone who, like Anna, stands up for the victims, often at great personal risk. Natalia Estemirova, the first recipient of the award in 2007, worked for the Russian human rights organization Memorial, and often worked

with Anna investigating journalism stories from Chechnya. She was abducted in front of her home and murdered on July 15, 2009. Nobody has been charged for this crime.

In the 14 years since Anna’s murder, I have met a group of extraordinary women honoured with the Anna Politkovskaya Award. Their courage in keeping going and exposing the brutalities against civilians in war, while facing anything from imprisonment and sexual violence to murder, is breathtaking. Belarusian writer and Nobel Prize winner, Svetlana Alexievich, has received numerous death threats, faced a criminal investigation on an accusation of attempting to overthrow the government and nearly escaped arrest by the security forces in Minsk in September, for exposing the state violence, torture and killing of peaceful protesters in Belarus. Sky News Special correspondent, Alex Crawford, barely escaped a terrifying attack last year in Idlib, Syria, when Russian and Syrian regime drones, jets and bullets targeted her team and tried to kill them. Sunday Times war correspondent, Marie Colvin, was targeted by Syrian government forces and killed in February 2012, while reporting on the devastating suffering of civilians in the besieged city of Homs.

And the story seems to repeat itself endlessly —from Chechnya to Colombia to Syria to Russia. The journalists, the advocates, the whistleblowers get threatened, imprisoned and killed, silencing freedom of expression. And I constantly ask myself, how can we protect those who still dare speak in the face of danger? If our basic right to know and to freely express our views is taken away, it threatens the fundamentals of our human existence. As German poet Heinrich Heine wrote in 1823: “Where they burn books, they will also, in the end, burn human beings”. If true, as I believe it is, then defending journalists’ and advocates’ freedoms and safety is as important as defending life itself. Our very survival depends on it.

MARIANA KATZAROVA

Human rights leader and expert in the fight against trafficking in human beings and violence against women.







*Periodistas víctimas
de violencia sexual
y asesinadas*

*Female Journalists who Were
Victims of Sexual Violence and
who Were Murdered*



Estados Unidos

Lara Logan^x
Lynsey Addario^x
Gretchen Carlson^x
Alison Parker^{x x}

Mexico

Lydia Cacho^x
Michelle Rivalcoba^x
Miroslava Breach^{x x}

El salvador
Karla Turcios^{x x}





Jenny Nordberg^x
Kim Wall^x

Irlanda
Veronica Guerin^x

Irlanda del Norte
Lyra McKeen^x

Anna Politkovskaya^x

Rusia

Bulgaria
Viktoria Marinova^x

Caroline Sinz^x
Ghislaine Dupont^x

Francia

Marta
Daphne Caruana Galizia^x

Mona Eltahawy^x
Hania Moheeb^x

Egitto

Attwar Bajaj^x

India

Gauri Lankesh^x

Periodistas víctimas de violencia sexual*

Female Journalists Who Were Victims of Sexual Violence*



LARA LOGAN (*Estados Unidos*)

Es una periodista de investigación galardonada con diferentes premios, gracias a sus historias y reportajes sobre las guerras y conflictos en Afganistán, Irak y Pakistán, como corresponsal para la cadena de televisión estadounidense CBS. Precisamente, el 11 de febrero de 2011, durante el cubrimiento que realizó en la Plaza Tahrir de El Cairo (Egipto) tras la renuncia del presidente Hosni Mubarak —quien llevaba tres décadas en el poder—, Lara Logan fue violentada sexualmente. La multitud que celebraba la renuncia del mandatario atacó brutalmente a la periodista y al equipo que la acompañaba; la despojaron de sus prendas y fue agredida, lo que la dejó cuatro días en el hospital. En una entrevista para CBS News rompió su silencio y contó con detalles lo que ocurrió esa noche.

She is a multi-award-winning female investigative journalist, thanks to her stories and reports on the wars and conflicts in Afghanistan, Iraq, and Pakistan, as a correspondent for the American television network CBS. On February 11, 2011, during the coverage she carried out in Tahrir Square in Cairo (Egypt) after the

resignation of President Hosni Mubarak—who had ruled the country for three decades—, Lara Logan was sexually assaulted. The crowd celebrating the president's resignation brutally attacked the journalist and the team that was with her; they stripped and attacked her, which left her in a hospital for four days. In an interview with CBS News, she broke her silence and spoke of the details of what happened that night.

CAROLINE SINZ (*Francia*)

El 24 de noviembre de 2011, Caroline Sinz, una reportera para la cadena francesa de televisión France 3 y su camarógrafo Salah Agrabi, se encontraban cubriendo enfrentamientos entre manifestantes y la fuerza pública, en la Plaza Tahrir de El Cairo (Egipto). Allí fueron interceptados y arrastrados a plena luz del día por un grupo de jóvenes, por lo que se separaron. Durante casi una hora, fue agredida por hombres que le quitaron su ropa y la violentaron sexualmente. Finalmente, fue rescatada y llevada a su hotel. Al hablar públicamente de las agresiones de las que fue víctima, la reportera declaró que estos actos de violencia contra periodistas son realizados con fines de intimidación.

On November 24, 2011, Caroline Sinz, a female reporter for the French television channel France 3 and her cameraman Salah Agra-

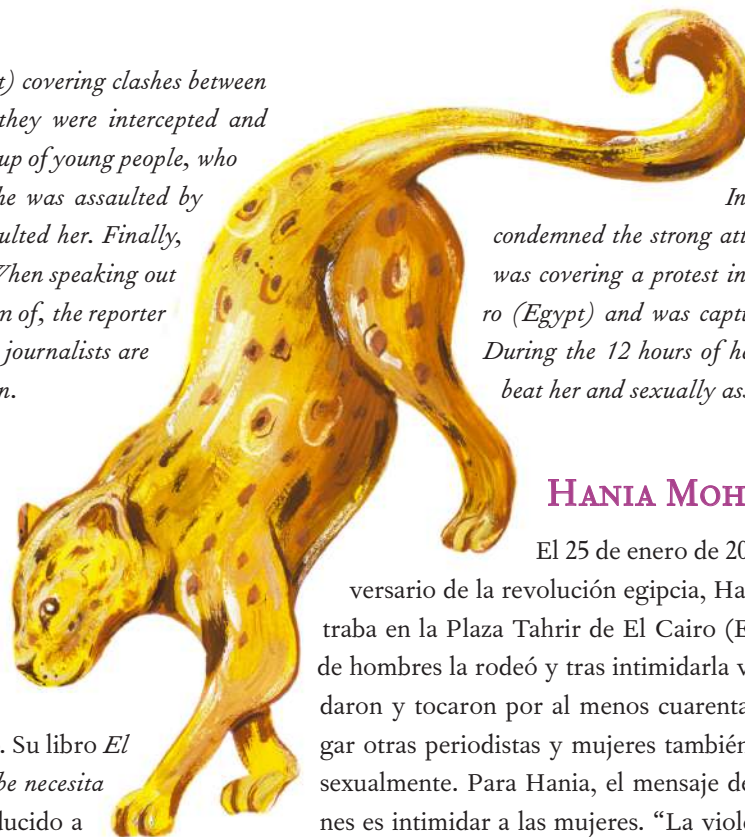


bi, were in Tahir Square in Cairo (Egypt) covering clashes between protesters and the security forces. But they were intercepted and dragged away in broad daylight by a group of young people, who separated them. For almost an hour, she was assaulted by men who stripped her and sexually assaulted her. Finally, she was rescued and taken to her hotel. When speaking out publicly about the attacks she was a victim of, the reporter stated that these acts of violence against journalists are carried out for the purpose of intimidation.

MONA ELTAHAWY (Egipto)

Mona Eltahawy es una periodista y defensora de los derechos de las mujeres, que ha dedicado parte de su vida a luchar contra la misoginia y la represión que afrontan las mujeres árabes por razón de su género. Su libro *El himen y el hiyab: por qué el mundo árabe necesita una revolución sexual*, que ha sido traducido a más de diez idiomas, hace una crítica al sistema represivo islámico. En su trayectoria profesional, la periodista ha colaborado para los diarios *The New York Times* y *The Guardian*. En noviembre de 2011, denunció el fuerte ataque que afrontó cuando se encontraba cubriendo una protesta en la Plaza Tahrir de El Cairo (Egipto) y fue capturada por las autoridades. Durante las doce horas que duró la detención, policías antidisturbios la golpearon y agredieron sexualmente.

Mona Eltahawy is a female journalist and advocate for women's rights who has dedicated part of her life to fighting misogyny and the repression women face in the Arab World due to their gender. Her book Headscarves and Hymens: Why the Middle East Needs a Sexual Revolution, which has been translated into more than ten languages, criticizes the repressive Islamic system. In her professional career, this female journalist has contributed to various newspa-



pers such as The New York Times and The Guardian.

In November 2011, she condemned the strong attack she faced when she was covering a protest in Tahrir Square in Cairo (Egypt) and was captured by the authorities. During the 12 hours of her detention, riot police beat her and sexually assaulted her.

HANIA MOHEEB (Egipto)

El 25 de enero de 2013, en el segundo aniversario de la revolución egipcia, Hania Moheeb se encontraba en la Plaza Tahrir de El Cairo (Egipto). Allí un grupo de hombres la rodeó y tras intimidarla verbalmente, la desnudaron y tocaron por al menos cuarenta minutos. En este lugar otras periodistas y mujeres también habían sido atacadas sexualmente. Para Hania, el mensaje detrás de estas agresiones es intimidar a las mujeres. “La violencia podría significar decirnos que no deberíamos estar en las calles. Ni en la revolución ni en el trabajo, tampoco en el transporte público”, expresó la periodista, quien hace parte de la campaña internacional en contra de la violencia sexual en el marco de conflictos armados, International Campaign to Stop Rape & Gender Violence in Conflict.

On January 25, 2013, on the second anniversary of the Egyptian Revolution. Hania Moheeb was in Tahrir Square in Cairo, Egypt. While she was there a group of men surrounded her and after verbally intimidating her, they stripped her and touched her for at least 40 minutes. Around this place, other female journalists and women had also been sexually assaulted. For Hania, the message behind these attacks is to intimidate women. “Violence could mean telling us that we shouldn't be on the streets. Neither in the revolution nor at work, not even in public transport”, said the female journalist, who

is part of the international campaign against sexual violence in the context of armed conflicts called “The International Campaign to Stop Rape and Gender Violence in Conflict”

LYDIA CACHO (México)

Además de ser periodista y escritora, Lydia Cacho es activista y defensora de los derechos humanos. Ha sido galardonada con múltiples premios por su trabajo periodístico, en el que ha abordado temas de género, derechos humanos y explotación sexual de niños, niñas, adolescentes y mujeres. En 2000, fundó el Centro Integral de Atención a las Mujeres (CIAM), que promueve los derechos de niñas, niños y mujeres víctimas y sobrevivientes de violencia y explotación sexual. El año anterior, ella misma había afrontado estas agresiones. En 2005 publicó su libro *Los demonios del Edén*, en el que denunció a una red de explotación sexual de menores operada por personajes políticos y empresarios. Nueve meses después, la periodista fue arrestada sin explicación alguna y sometida a tortura y abuso sexual. “Quisieron darme ‘una lección’ y tratar de aniquilarme emocional y moralmente. Pero la lección es que la violación no acaba con tu vida [...] No les voy a dar justo lo que ellos querían”, expresó en una entrevista para el periódico colombiano *El Tiempo*.

Besides being a female journalist and writer, Lydia Cacho is a human rights activist and defender. She has received numerous awards for her journalistic work, in which she has addressed issues of gender, human rights and sexual exploitation of boys, girls, adolescents and women. In 2000, she formed the NGO “Centro Integral de Atención a las Mujeres” (CIAM) which means the Center for the Comprehensive Attention of Women. This NGO promotes the rights of girls, boys and women who are victims and survivors of violence and sexual exploitation. The year before, she had faced these attacks herself. In 2005 she published the book The Demons of Eden, in which she called out a child sex ring, operated by political figures and businessmen. Nine months later, the journalist was arrested without any

explanation and subjected to torture and sexual abuse. “They wanted to teach me ‘a lesson’ and try to annihilate me emotionally and morally. But the lesson is that rape is not the end of the road (...) I will not give them just what they wanted”, she said in an interview for the Colombian newspaper El Tiempo.

LYNSEY ADDARIO (Estados Unidos)

Durante años, esta fotoperiodista estadounidense ha sido reconocida por su amplio trabajo fotográfico en temas sobre guerra, violencia sexual, desplazamiento y situación de los refugiados. Dentro de su trayectoria se destaca el cubrimiento que ha hecho a conflictos importantes y crisis humanitarias en países del Medio Oriente y África. Con frecuencia, trabaja para el periódico *The New York Times*, las revistas *Time* y *National Geographic*. En 2015 fue galardonada por la revista *American Photo*, como una de los cinco fotógrafos más influyentes de los últimos veinticinco años. En marzo de 2011, decidió hablar públicamente de la agresión sexual de la que fue víctima mientras se encontraba trabajando en Libia, en donde ella y sus colegas de *The New York Times* fueron secuestrados durante seis días, por hombres de Muammar Gaddafi.

For years, this American photojournalist has been recognized for her extensive photographic work on different topics such as: war, sexual violence, displacement, and the status of refugees. Within her career, her coverage of major conflicts and humanitarian crises in Middle Eastern countries as well as in Africa stands out. She often works for The New York Times, Time magazine, and National Geographic. In 2015, she was honored by American Photo magazine as one of the five most influential photographers of the last twenty-five years. In March 2011, she decided to speak out publicly about the sexual assault she suffered while working in Libya, where she and her colleagues from The New York Times were kidnapped for six days by Muammar Gaddafi’s men.

JENNY NORDBERG (Suecia)

Una de las investigaciones más reconocidas de Jenny Nordberg, periodista sueca que vive en Nueva York, está reflejada en su libro *Las niñas clandestinas de Kabul* en el que expone la situación de miles de niñas en Kabul (Afganistán) que pretenden ser niños para evitar ser denigradas por su género; esta práctica, denominada “racha posh”, es común entre las familias en las que no hay hijos varones. Actualmente, la periodista trabaja como corresponsal y columnista para el diario sueco *Svenska Dagbladet*. También ha hecho publicaciones para *The New York Times*, *The Guardian*, *Teen Vogue*, entre otros. En 2011, decidió denunciar la agresión sexual que afrontó en 2007, cuando se encontraba en Pakistán cubriendo el regreso de Benazir Bhutto, la ex primera ministra que había sido exiliada. Durante tres años, la periodista no quiso hablar públicamente de lo sucedido, porque temía que al hacerlo su trabajo se viera afectado.

One of the most recognized investigations of Jenny Nordberg, a Swedish female journalist who lives in New York, is reflected in her book The Underground Girls of Kabul: In Search of a Hidden Resistance in Afghanistan where she speaks out about the real situation of thousand of little girls in Kabul, Afghanistan, who pretend to be little boys to avoid being denigrated for their gender. This practice, called “racha posh”, is very common among families in which there are no male children. Currently, this female journalist works as a correspondent and columnist for the Swedish newspaper Svenska Dagbladet. She has also published for The New York Times, The Guardian, Teen Vogue, among others. In 2011, she made the decision to speak out about the sexual assault she suffered in 2007, when she was in Pakistan covering the return of Benazir Bhutto, the former Prime Minister who had been exiled. For three years, the female journalist did not want to speak publicly about what happened, because she feared that doing so would affect her work.

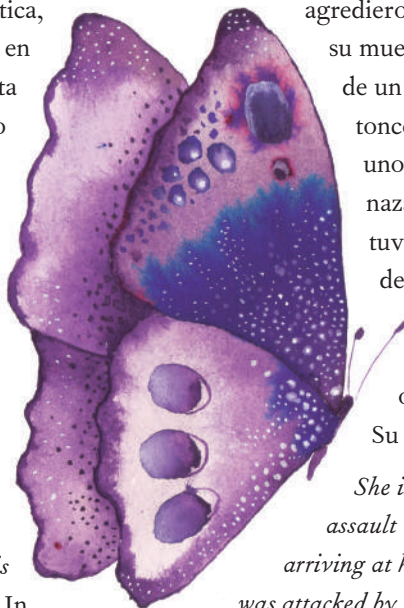
MICHELLE RIVALCOBA (México)

Es una reportera de deportes, sobreviviente de agresión sexual e intento de feminicidio. En 2018, al llegar a su casa, la periodista mexicana fue atacada por dos hombres, quienes la amarraron, le causaron más de treinta heridas con un arma cortopunzante y la agredieron sexualmente. Solo hasta que fingió su muerte, al percatarse de que no se trataba de un robo, dejaron de violentarla. Fue entonces cuando identificó a su primo como uno de los agresores, quien ya había amenazado a su familia. Al denunciar no obtuvo ayuda de las autoridades y por eso decidió llevar su caso a los medios. Su intención era presionar a los investigadores y obtener justicia para ella y otras víctimas de violencia de género. Su crimen sigue en la impunidad.

She is a sports reporter and survivor of sexual assault and attempted femicide. In 2018, upon arriving at her home, the female Mexican journalist was attacked by two men, who tied her up, inflicted more than 30 injuries with a sharp weapon, and sexually assaulted her. Not until she faked her death did they realize that it was not a robbery, they stopped raping her. It was then that she identified her cousin as one of the assailants, who had already threatened her family. When she reported this situation, she didn't receive any help from the authorities and that was why she decided to take her case to the media. Her purpose was to pressure investigators to obtain justice for herself and other victims of gender-based violence. Her crime remains unsolved.

GRETCHEN CARLSON (Estados Unidos)

El 6 de julio de 2016, Gretchen Carlson presentó una demanda por acoso sexual contra el entonces presidente y fundador



del canal de noticias Fox News, Roger Ailes, en la que alegó que fue despedida por rechazar las insinuaciones que él le hacía. Pese a que el presidente del canal negó desde un principio las acusaciones, presentó su renuncia dos semanas después. A esta denuncia contra el ejecutivo se sumó el testimonio de la también periodista Megyn Kelly, quien manifestó que sufrió acoso sexual por parte de Ailes cuando era corresponsal en Washington D.C. Este caso fue llevado al cine en 2020, en la película *Bombshell* (El Escándalo).

On July 6, 2016, Gretchen Carlson filed a sexual harassment lawsuit against the then president and founder of Fox News, Roger Ailes, alleging that she was fired for rejecting Ailes' sexual advances. Although the president of the channel denied the accusations from the beginning, she resigned two weeks later. Adding to this claim against the executive was the testimony of fellow journalist Megyn Kelly, who stated that she suffered sexual harassment by Ailes when she was a correspondent in Washington D.C. This case was brought to the big screens in 2020, in the movie Bombshell.



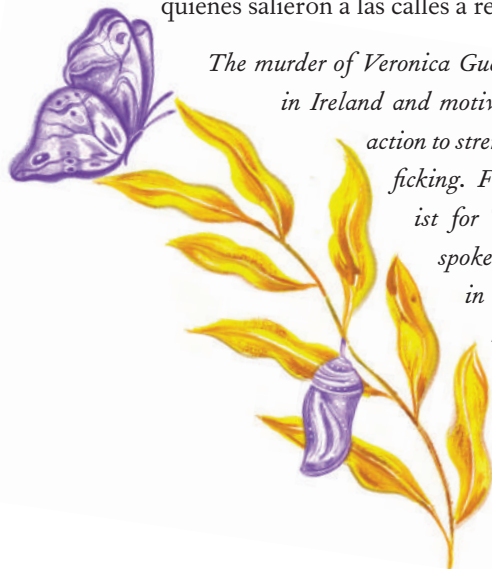
Periodistas asesinadas**

Female Journalists who were Murdered**



VERONICA GUERIN (Irlanda)

El asesinato de Veronica Guerin causó indignación nacional en Irlanda y motivó a las autoridades para que se tomaran medidas con el fin de endurecer las leyes sobre el tráfico de estupefacientes. Durante años, la periodista irlandesa de *The Sunday Independent* denunció a bandas criminales de Dublín y redes de narcotráfico en la ciudad. Debido a sus investigaciones, por las cuales era reconocida en todo el país, tanto ella como su familia recibieron múltiples amenazas y ataques; no aceptó reforzar sus esquemas de seguridad porque temía que eso perjudicara su trabajo. El 26 de junio de 1996, fue asesinada por dos hombres que pertenecían a una banda de narcotraficantes, cuyo jefe era John Gilligan. Su muerte despertó la indignación de los ciudadanos, quienes salieron a las calles a rechazar el crimen.



The murder of Veronica Guerin caused national outrage in Ireland and motivated the authorities to take action to strengthen the laws on drug trafficking. For years, the Irish journalist for The Sunday Independent spoke out against criminal gangs in Dublin and drug trafficking networks in the city. Due to her investigations, for which she was recognized throughout the country, both she and her family received multiple

threats and attacks; She refused to reinforce her security detail because she feared that it would hamper her work. On June 26, 1996, she was murdered by two men who belonged to a drug gang, the boss of which was John Gilligan. Her death awoke the indignation of the citizens, who took to the streets to reject the crime.

KIM WALL (Suecia)

En 2017, mientras se encontraba en Copenhague (Dinamarca), Kim Wall se interesó en el trabajo de Peter Madsen, quien hacía submarinos y cohetes. Durante su carrera, la periodista independiente sueca escribió sobre género, cultura pop, justicia social y política exterior para medios como *The Guardian*, *The New York Times*, la revista *Time*, entre otros. El 10 de agosto de 2017, fue vista por última vez cuando se dirigía a entrevistar a Peter Madsen. El hombre fue arrestado después de que se reportó la desaparición de la periodista y en 2018, fue declarado culpable del asesinato. Recibió una condena de cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, por agresión sexual, feminicidio y tortura.

In 2017, while in Copenhagen, Denmark, Kim Wall became interested in the work of Peter Madsen, who made submarines and rockets. During her career, the Swedish freelance journalist wrote about gender, pop culture, social justice, and foreign policy for The Guardian, The New York Times, Time magazine, among others. On August 10, 2017, she was last seen on her way to interview Peter Madsen. The man was arrested after the journalist's disappearance was reported and in 2018, he was found guilty of the murder. He

received a life sentence without the possibility of parole, for sexual assault, femicide and torture.

VIKTORIA MARINOVA (Bulgaria)

A través del programa “Detector”, Viktoria Marinova denunciaba la corrupción de los partidos políticos de su país, así como su vinculación con el crimen organizado. La periodista era directora administrativa y presentadora del canal de televisión regional búlgaro TVN. El 7 de octubre de 2018, su cuerpo fue encontrado en un parque en Ruse, una ciudad al sur de Bulgaria. Tenía signos de estrangulamiento y violencia sexual. El caso llamó la atención internacional, pues ocurrió un momento en el que la violencia contra periodistas estaba aumentando en todo el mundo. Algunos representantes de la Unión Europea pidieron esclarecer si su asesinato estaba relacionado con su trabajo; sin embargo, no fue posible comprobarlo. Severin Krasimirov, de 21 años, fue condenado a treinta años de prisión.

Through the news talk show Detector, Viktoria Marinova denounced the corruption of her country's political parties, as well the connection they had with organized crime. The journalist was the administrative director and tv presenter of the Bulgarian regional television channel TVN. On October 7, 2018, her body was found in a park in the city of Ruse in southern Bulgaria. She had signs of strangulation and sexual violence. The case drew international attention, as it occurred at a time when violence against journalists was increasing around the world. Some representatives of the European Union asked to clear up if her murder was related to her work; however, it was not possible to verify this. Severin Krasimirov, 21, was sentenced to 30 years in prison.

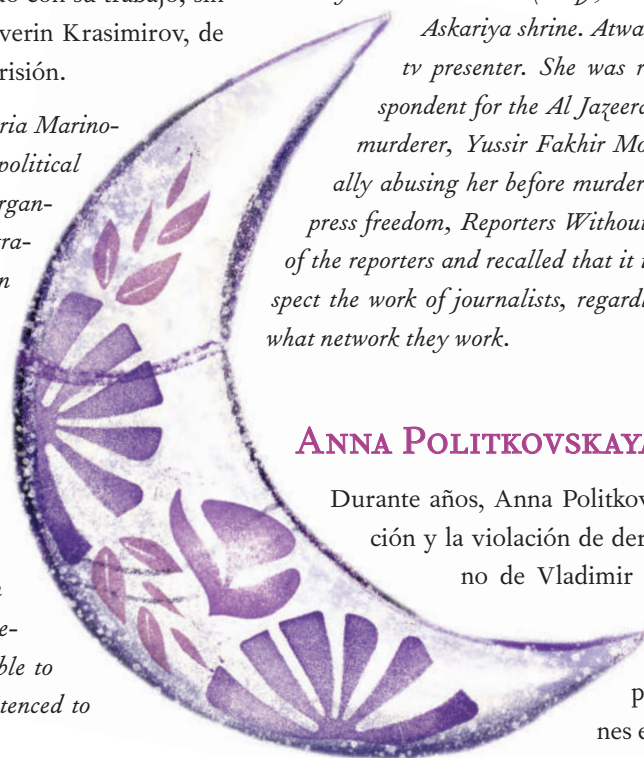
ATWAR BAHJAT (Iraq)

El 22 de febrero de 2006, Atwar Bahjat fue asesinada a sangre fría junto a sus compañeros Adnan Al Dulaimi y Khalid Al Fellahi. Se encontraban en Samarra (Irak), cubriendo un bombardeo en el santuario chiíta Askariya. Atwar fue una periodista y presentadora de televisión, reconocida por ser corresponsal de los medios Al Jazeera y Al Arabiya. Su asesino, Yussir Fakhir Mohammed, confesó haber abusado sexualmente de ella antes de matarla. La organización para la libertad de prensa, Reporteros Sin Fronteras, rechazó el asesinato de los reporteros y recordó que es necesario proteger y respetar el trabajo de los periodistas, sin importar su nacionalidad o en qué medio trabajan.

On February 22, 2006, Atwar Bahjat was murdered in cold blood along with her colleagues Adnan Al Dulaimi and Khalid Al Fellahi. They were in Samarra (Iraq), covering a bombing at the Shiite Askariya shrine. Atwar was a female journalist and tv presenter. She was recognized for being a correspondent for the Al Jazeera and Al Arabiya media. Her murderer, Yussir Fakhir Mohammed, confessed to sexually abusing her before murdering her. The organization for press freedom, Reporters Without Borders, rejected the murder of the reporters and recalled that it is necessary to protect and respect the work of journalists, regardless of their nationality or in what network they work.

ANNA POLITKOVSKAYA (Russia)

Durante años, Anna Politkovskaya denunció la corrupción y la violación de derechos humanos del gobierno de Vladimir Putin, especialmente en la segunda guerra de Chechenia. La periodista rusa publicaba sus investigaciones en *Novaya Gazeta*, un medio



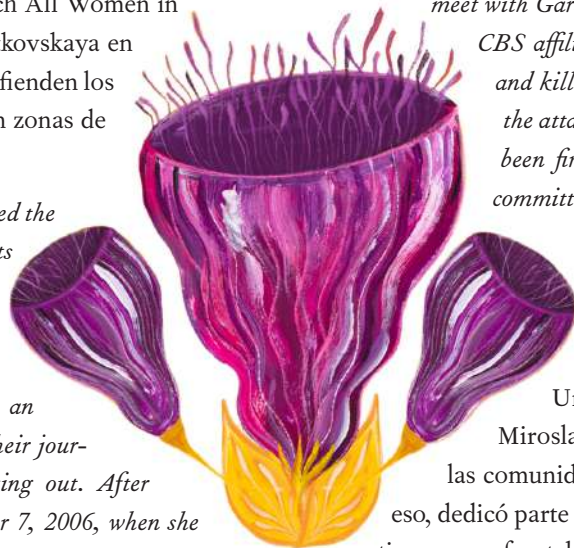
independiente para el que trabajaron varios reporteros que fueron asesinados por sus denuncias. Luego de múltiples amenazas y ataques, el 7 de octubre de 2006, a sus 48 años, Anna fue encontrada muerta en el ascensor del edificio de su casa. Ese año, la organización RAW in WAR (Reach All Women in War) fijó el premio anual Anna Politkovskaya en su honor. Se entrega a mujeres que defienden los derechos humanos y a las víctimas en zonas de conflicto en el mundo.

For years, Anna Politkovskaya denounced the corruption and violation of human rights of the Vladimir Putin government, particularly in the Second Chechen War. The Russian journalist published her investigations in Novaya Gazeta, an independent newspaper who many of their journalists have been murdered for speaking out. After multiple threats and attacks, on October 7, 2006, when she was 48 years old, Anna was found dead in the elevator of her home building. That year the RAW IN WAR (Reach All Women in WAR) organization created the annual Anna Politkovskaya Award in her honor which is given to women who defend human rights and to victims in conflict zones around the world.

ALISON PARKER *(Estados Unidos)*

El 26 de agosto de 2015, Alison Parker debía entrevistar a Vicki Gardner, directora ejecutiva de la Cámara de Comercio de Smith Mountain Lake. Viajó a Moneta (Virginia) junto a su colega Adam Ward, al lugar en donde se reunirían con Gardner. Mientras transmitían en vivo para WBDJ, una afiliada de la cadena CBS, su asesino Lee Flanagan II, les disparó y le quitó la vida a los periodistas. El objetivo principal del agresor, quien era reportero de WBDJ y había sido despedido en 2013, era atacar a Alison. Luego de cometer el crimen, se suicidó.

On August 26, 2015, Alison Parker was supposed to interview Vicki Gardner, she was the executive director of the Smith Mountain Lake Chamber of Commerce. She traveled to Moneta (Virginia) with her colleague Adam Ward, to the place where they were supposed to meet with Gardner. While broadcasting live for WBDJ, a CBS affiliate, her murderer Lee Flanagan II, shot and killed both journalists. The main objective of the attacker, who was a reporter for WBDJ who had been fired in 2013, was to attack Alison. After committing the crime, he committed suicide.



MIROSALVA BREACH *(México)*

Uno de los temas que más apasionaban a Miroslava Breach era los derechos humanos de las comunidades indígenas de México, su país. Por eso, dedicó parte de su trabajo a visibilizar las problemáticas que enfrentaban. También escribía sobre corrupción y narcotráfico. En una de sus investigaciones, la periodista reveló que el precandidato a la alcaldía de Chínipas (Chihuahua), Juan Salazar Ochoa, era familiar de los jefes de “Los Salazar”, grupo delictivo relacionado con el Cártel de Sinaloa. Salazar Ochoa fue sustituido por otro candidato que ganó la elecciones. Desde entonces, según las autoridades, Miroslava empezó a recibir amenazas. El 23 de marzo del 2017 fue asesinada cuando salía de su casa.

One of the topics that Miroslava Breach was most passionate about was the human rights of the indigenous communities of Mexico, her country. That's why she dedicated part of her work to make the problems they have to face visible. She also wrote about corruption and drug trafficking. In one of her investigations, the female journalist revealed that the candidate for mayor of Chínipas (Chihuahua), Juan Salazar Ochoa, was a relative of the heads of “Los Salazar”, a criminal group related to the Sinaloa Cartel. Salazar Ochoa was

replaced by another candidate who won the election. Since then, according to the authorities, Miroslava began to receive threats. On March 23, 2017, she was murdered when she was leaving her home.

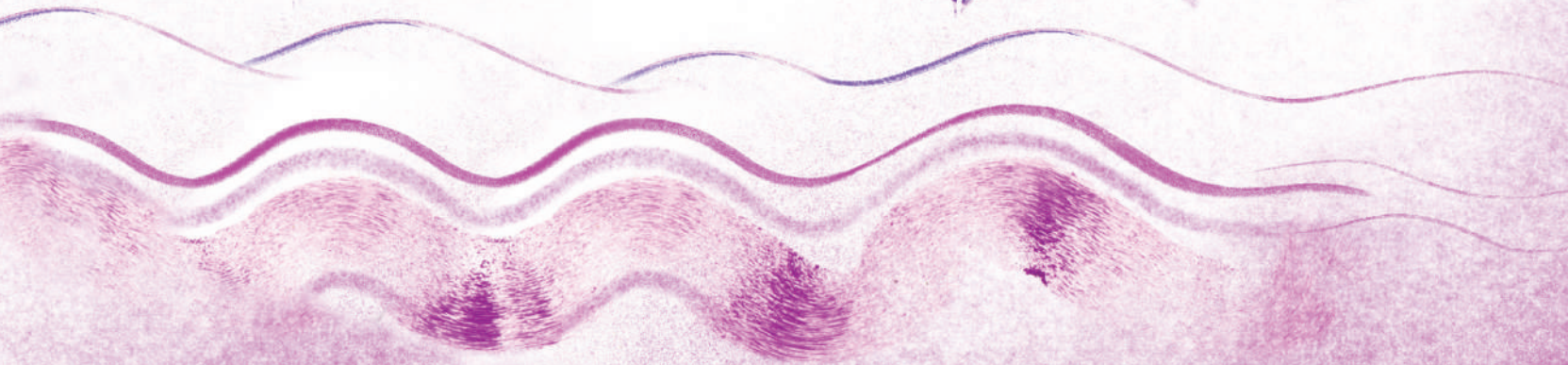
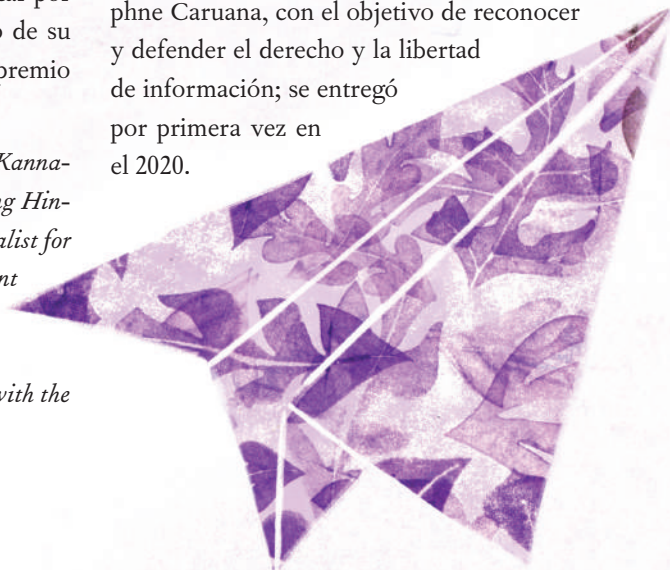
GAURI LANKESH (India)

El semanario de Bangalore (India), *Lankesh Patrike*, era un medio en idioma kannada abiertamente crítico del nacionalismo extremista hindú, de marcada tendencia de izquierda. Gauri Lankesh, de 55 años, era editora y periodista de la publicación. Tras su asesinato, que ocurrió frente a su casa el 5 de septiembre de 2017, los ciudadanos salieron a las calles a protestar por el crimen bajo el lema “Yo soy Gauri”. Además, luego de su muerte su trabajo fue reconocido póstumamente con el premio Anna Politkovskaya.

The Bangalore (India) weekly, Lankesh Patrike, was a Kannada-language medium openly critical of extremist, left-leaning Hindu nationalism. Gauri Lankesh, 55, was an editor and journalist for the publication. Following her murder, which occurred in front of her home on September 5, 2017, citizens took to the streets to protest the crime under the slogan “I am Gauri” Likewise, after her death her work was posthumously recognized with the Anna Politkovskaya Prize.

DAPHNE CARUANA GALIZIA (Malta)

La investigación periodística “Panamá Papers”, que reveló cómo políticos y personalidades de todo el mundo evadían impuestos y escondían su patrimonio, fue clave en Malta por el trabajo de Daphne Caruana Galizia. La periodista escribía sobre corrupción y lavado de dinero, por lo que su investigación fue fundamental para involucrar a políticos malteses relacionados con el gobierno del entonces primer ministro, Joseph Muscat, en este escándalo. El 16 de octubre de 2017, fue asesinada por una bomba que estaba pegada a su carro, luego de recibir múltiples amenazas. En enero de 2018 se creó el premio Daphne Caruana, con el objetivo de reconocer y defender el derecho y la libertad de información; se entregó por primera vez en el 2020.



The journalistic investigation Panama Papers, which revealed how politicians and personalities from all over the world evaded taxes and hid their assets, was key in Malta due to the work of Daphne Caruana Galizia. The female journalist wrote about corruption and money laundering, so her investigation was instrumental in implicating Maltese politicians related to the government of then-Prime Minister Joseph Muscat in this scandal. On October 16, 2017, she was murdered by a bomb that was attached to her car, after receiving multiple threats. In January 2018, the Daphne Caruana award was created, with the aim of recognizing and defending the right and freedom of information; it was awarded for the first time in 2020.

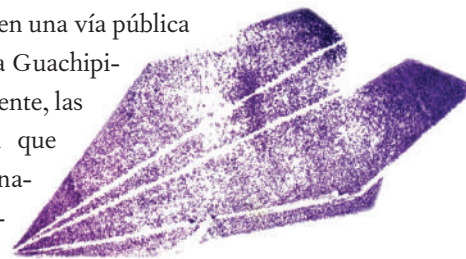
LYRA MCKEE** (Irlanda del Norte)

Una de las voces más prometedoras del periodismo joven en Irlanda del Norte era la de Lyra Mckee, una reportera de apenas veintinueve años. También era activista de la comunidad LGBT-TI y estaba escribiendo su primer libro, que sería publicado en el 2020. El 18 de abril de 2019 fue asesinada con un arma de fuego, mientras cubría los disturbios que estaban teniendo lugar en la ciudad de Londonderry, a manos del Nuevo IRA (Nuevo Ejército Irlandés). Lyra se encontraba investigando sobre asesinatos no resueltos durante el conflicto en Irlanda del Norte, en el cual el IRA (Ejército Republicano Irlandés) fue uno de los protagonistas, antes de su desmantelación en 2008.

One of the most promising voices in youth journalism in Northern Ireland was that of Lyra McKee, a 29 year old female reporter who was also an activist for the LGBT community and was in the process of writing her first book, which would have been published sometime in 2020. On April 18, 2019 she was murdered by the New IRA (New Irish Army) with a firearm while covering the riots that were taking place in the city of Londonderry. Lyra was investigating unsolved killings during the Conflict in Northern Ireland, in which the IRA (Irish Republican Army) was one of the protagonists, before its dismantling in 2008.

KARLA TURCIOS (El Salvador)

La periodista del diario salvadoreño *La Prensa Gráfica*, Karla Turcios, fue asesinada el 14 de abril de 2018 en su casa. Ese día, su cuerpo fue encontrado en una vía pública en la ciudad de Santa Rosa Guachipilín (El Salvador). Inicialmente, las autoridades consideraron que el asesinato estaba relacionado con el crimen organizado; sin embargo, lograron identificar a Mario



Alberto Huezo, su esposo, como responsable. El hombre fue condenado por el delito de feminicidio agravado y deberá pagar una pena de cincuenta años de cárcel. Por este crimen, el gobierno de El Salvador declaró una alerta nacional de feminicidios.

Karla Turcios, a female journalist for the Salvadoran daily La Prensa Gráfica, was murdered on April 14 at her home. That day, her body was found on a public road in the city of Santa Rosa Guachipilín (El Salvador). At first, the authorities considered the murder to have been related to organized crime; however, they managed to identify Huezo as guilty. The man was convicted for aggravated femicide and must pay with a sentence of 50 years in prison. For this crime, the government of El Salvador declared a national alert of femicides.

GHISLAINE DUPONT (Francia)

Durante un cuarto de siglo, Ghislaine Dupont, periodista de la Radio Internacional Francesa (RFI), investigó y escribió sobre asuntos de África. Precisamente, desde julio de 2013 se encontraba junto a su compañero, Claude Verlon, en la ciudad de Kidal (Mali), para cubrir las elecciones presidenciales de ese país africano. El 2 de noviembre, ambos fueron secuestrados y asesinados por un grupo armado. Sus cuerpos fueron encontrados

por militares franceses, a doce kilómetros de Kidal. En conmemoración a su asesinato, la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró el 2 de noviembre como el Día Internacional para poner fin a la impunidad de los crímenes contra periodistas. Desde el 2014, es una fecha para exigir justicia frente a las agresiones que enfrentan los comunicadores.

For a quarter of a century, Ghislaine Dupont, a journalist with Radio Internationale Française (RFI), researched and wrote about African affairs. Precisely, since July 2013, she was with her colleague,

Claude Verlon, in the city of Kidal (Mali), to cover the presidential elections in that African country. On November 2, both were kidnapped and killed by an armed group. Their bodies were found by French soldiers twelve kilometers from Kidal. In commemoration of their murder, the United Nations General Assembly declared November 2 as the International Day to End Impunity for Crimes against Journalists. Since 2014, it is a date to demand justice in the face of the aggressions faced by communicators.





En la edición de este libro se emplearon las familias tipográficas
Fournier MT Std de 11 pts y TodaySB-Italic Sans Serif Italic de 45 pts.
Estuvo a cargo de la oficina de servicios editoriales de Piélagó Perpetuo,
Bogotá, mayo 18 de 2021.



